Liahona
Junio de 1982
Número 6
Año 28

GM
M205.5
L696sSP
v.28
1982

Liahona

Publicación de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Ultimos Días

Junio de 1982
Número 6
Año 28

La Primera Presidencia: Spencer W. Kimball, N. Eldon Tanner, Marion G. Romney, Gordon B. Hinckley.

Consejo de los Doce: Ezra Taft Benson, Mark E. Petersen, LeGrand Richards, Howard W. Hunter, Thomas S. Monson, Boyd K. Packer, Marvin J. Ashton, Bruce R. McConkie, L. Tom Perry, David B. Haight, James E. Faust, Neal A. Maxwell.

Asesores: M. Russell Ballard, Loren C. Dunn, Rex D. Pinegar, Charles A. Didier, George P. Lee, F. Enzio Busche.

Editor: M. Russell Ballard – **Editor Gerente:** Larry A. Hiller – **Editor Asistente:** David Mitchell – **Sección Niños:** Bonnie Saunders – **Montaje y Diseño:** Roger B. Gylling – **Producción:** Norman Price.

Responsable de la traducción: Raquel R. V. Tokarz, Departamento de Traducción, 50 East North Temple, Salt Lake City, Utah, 84150, EE. UU.

Responsable de las páginas locales: Victoria Clemente, Camino del Medio 56, Cuarto 2, Premia de Mar, Barcelona.

Indice

La reverencia, *Marion G. Romney* 1
Preguntas y respuestas 7
Confortado entre las llamas, *Steve Cherry* 12
Abrid vuestra boca, *Joe J. Christensen* 14
La carta que cambió una situación, *Mary Johansen* 21
Una caja de preguntas, *Nora Carlson* 22
La posición de la mujer con respecto al sacerdocio, *Patricia T. Holland* 24
Un testimonio de la oración, *Susan T. Holmes* 31
La fe de Catherine, *Clifford J. y Marsha R. Stratton* 32
Cuando se necesitan los amigos, *Ann Edwards-Cannon* 37
¡Encuéntralos!, *Royden G. Derrick* 40
Joven, formas parte de una generación selecta, *Spencer W. Kimball* 44

Seccion para los niños

De amigo a amigo 1
Camellos y clases en Somalia, *Mary Gehman* 3
Para tu diversión 8

Para subscribirse: Solicite su subscripción al representante de la Liahona en la rama donde resida, o a la Oficina Regional de Madrid. El precio de la subscripción es de 456 pesetas anuales o 38 pesetas cada mes.

© 1982 by the Corporation of the President of The Church of Jesus Christ of Latter-day Saints. All rights reserved.

La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Ultimos Días, Sierra de Guadarrama s/n°, San Fernando de Henares (Madrid), España.

Printed in the Federal Republic of Germany

PB MA 0460 SP

LA REVERENCIA

El diccionario define el vocablo *reverencia* como "respeto o veneración que tiene una persona a otra". Y cuando hablamos de la reverencia para con Dios, ese respeto o veneración adquiere el matiz de supremo homenaje y adoración. Cuanto mayor sea el amor que la persona sienta hacia El, tanto más profunda será la reverencia que le demuestre.

La reverencia que pongamos de manifiesto en las diversas reuniones de la Iglesia estará en proporción directa con nuestro amor a Dios. Estoy al tanto de que, con cierta justificación, se han hecho comentarios desfavorables tocantes al orden en algunas de nuestras reuniones. Y, desde luego, tenemos que darnos cuenta de que debemos mejorar.

De todas las gentes del mundo, nosotros, los Santos de los Ultimos Días, debemos tener el más grande amor a Dios; sí, debemos amarle más de lo que cualquier otra persona le ama por motivo de que sabemos mucho respecto de El.

por el presidente Marion G. Romney
Segundo Consejero en la Primera Presidencia

La persona que siente profunda reverencia por Dios le ama, confía en El, eleva a El sus plegarias, cuenta con El y es inspirada por El. Su inspiración siempre ha estado, y está, al alcance de todos los seres humanos que sienten una profunda reverencia por El.

Sabemos que Dios contesta las oraciones porque ha dado respuesta a las *nuestras;* ha contestado las *vuestras*, y ha contestado las *mías*. Sabemos que podemos acudir a El con nuestros problemas y que nos escuchará con interés y amor. Sabemos, asimismo, que procedemos de Dios, y nuestro deseo y esperanza se cifran en volver a su presencia y ser como El.

¡Qué prodigioso es conocer esas grandes verdades! El mero hecho de tener conocimiento de ellas engrandece nuestro amor por Dios; y al crecer nuestro amor, aumenta también la reverencia que le tenemos.

Si amamos al Señor, le serviremos y guardaremos sus mandamientos. El primer mandamiento, que según dijo el Señor, es el más grande de todos, es:

"Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón . . .

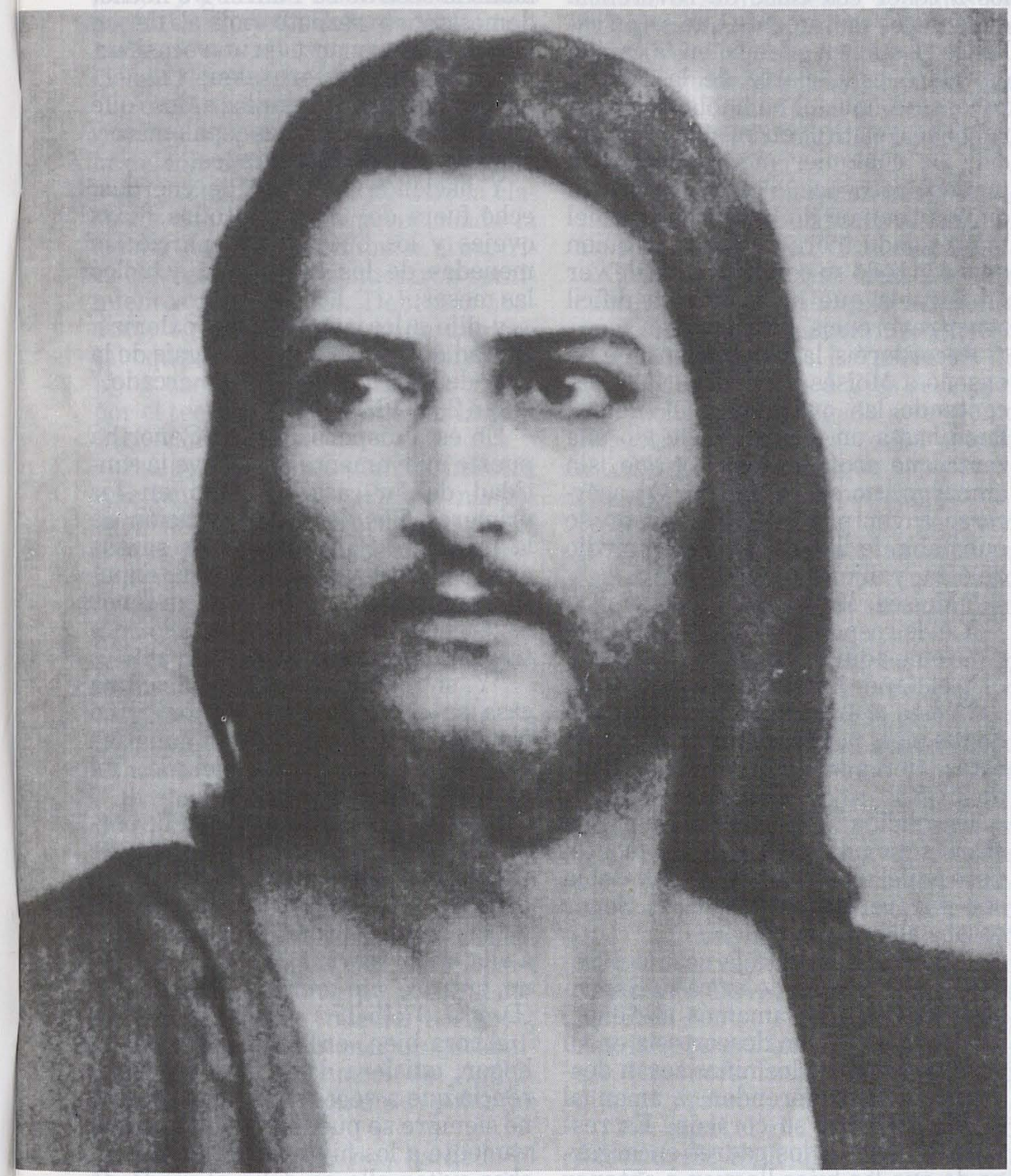
Y el segundo es semejante: Amarás a tu prójimo como a ti mismo."

Luego añadió:

"De estos dos mandamientos depende toda la ley y los profetas." (Mateo 22:37, 39-40.)

La "ley" a la cual el Señor se refería era la ley de Moisés, y "los profetas" a que aludía eran los escritos de los profetas del Antiguo Testamento, a quienes los judíos profesaban honrar. En suma, dijo que si lo amamos con todo nuestro corazón y a nuestro prójimo como a nosotros mismos, estaremos guardando todos los demás mandamientos, incluyen-

Si amamos al Señor, tendremos reverencia por El, por su casa, por nuestro hogar, por nosotros mismos y por el sacerdocio.



do, naturalmente, el de la reverencia a Dios.

Deseamos que todos los niños tengan reverencia por la casa del Señor. Sin embargo, no podemos persuadirlos a tener esa clase de reverencia diciéndoles meramente que estén callados. Estar en silencio en la capilla es, claro está, parte de la actitud reverente, mas el no hablar ni hacer ruido no constituyen en sí la reverencia. De cualquier modo, cuando la persona reconoce la casa en que está en una reunión de la Iglesia como el lugar donde mora el Señor, a quien ama con todo su corazón, echa de ver en seguida que no le resulta difícil tener reverencia por ese lugar.

Recordaréis la manera en que se enseñó a Moisés la reverencia: Apacentando las ovejas de su suegro, llegó hasta un monte donde vio una zarza que ardía en fuego y que, sin embargo, no se consumía. Al acercarse a ver por qué la zarza no se quemaba, lo llamó Dios de en medio de ésta, y dijo:

"¡Moisés, Moisés!"

Y él le respondió:

"Heme aquí."

Y el Señor le dijo:

"No te acerques; quita tu calzado de tus pies, porque el lugar en que tú estás, tierra santa es." (Véase Exodo 3:1-5.)

En realidad, no había allí ninguna casa, sólo una zarza en un monte; pero aquél era un lugar santo y debía ser reverenciado porque el Señor estaba allí.

Vemos, pues, que la casa del Señor es el lugar donde mora su Espíritu. Por tanto, si amamos al Señor, no actuaremos con descortesía en su casa; ni tampoco los niños serán descorteses si comprenden y aman al Señor con todo su corazón. Es responsabilidad de los padres encargarse de que los hijos lleguen a obtener ese entendimiento y ese amor, y en este empeño pueden contar con la ayuda de los maestros de la Iglesia.

El Salvador tuvo gran reverencia por el templo de Jerusalén, al cual llamó la casa de su Padre. De hecho, demostró su respeto por él de un modo impresionante en una ocasión:

"Subió Jesús a Jerusalén,

y halló en el templo a los que vendían bueyes, ovejas y palomas, y a los cambistas allí sentados.

Y haciendo un azote de cuerdas, echó fuera del templo a todos, y las ovejas y los bueyes; y esparció las monedas de los cambistas, y volcó las mesas;

y dijo a los que vendían palomas: Quitad de aquí esto, y no hagáis de la casa de mi Padre casa de mercado." (Juan 2:13-16.)

En esta dispensación, el Señor ha puesto nuevamente de relieve la santidad de su casa. Cuando en los primeros días de la restauración de la Iglesia el Señor dijo a los santos que le construyeran una casa, expuso manifiestamente que debían tener reverencia para con ella o de lo contrario Su presencia no estaría allí:

"Y si mi pueblo me edifica una casa en el nombre del Señor, y no permite que entre en ella ninguna cosa inmunda para profanarla, mi gloria descansará sobre ella.

Sí, y mi presencia estará allí, porque vendré a ella; y todos los de corazón puro que allí entren verán a Dios.

Mas si fuere profanada, no vendré a ella, ni mi gloria estará allí; porque no entraré en templos inmundos." (D. y C. 97:15-17.)

Ahora bien, en lo que respecta al hogar, quisiera decir que la irreverencia que a veces se insinúa en éste no siempre se puede achacar exclusivamente a los hijos, puesto que muchas veces ello se debe al modo de

proceder de los padres, ya sea por motivo de que no enseñan a sus hijos como es debido o porque quebrantan ciertos mandamientos del Señor. Los padres que en verdad aman al Señor y guardan sus mandamientos tocantes al modo en que deben tratarse el uno al otro, por lo general, tienen reverencia en sus hogares.

Como miembros de la Iglesia, nuestra responsabilidad principal es la de cobrar, en primer lugar, en lo más profundo de nuestro ser, la clase de amor a Dios que enciende la chispa que origina e impulsa el espíritu de reverencia en nuestros sentimientos para con El. Debemos obedecer los mandamientos de manera tal que inculquemos en nuestros hijos ese mismo sentimiento tanto por el techo paterno como por la casa del Señor.

Luego, si comprendemos nuestra relación con nuestro Padre, no podremos ser irreverentes con nosotros mismos porque nos reconoceremos como sus descendientes directos, es decir, sus hijos. Pablo enseñó a los santos de su época que tuviesen respeto y reverencia para consigo mismos diciendo:

"¿No sabéis que sois templo de Dios, y que el Espíritu de Dios mora en vosotros?

Si alguno destruyere el templo de Dios, Dios le destruirá a él." (1 Corintios 3:16-17.)

Pienso que es probable que no haya incentivo más poderoso para que una persona tenga reverencia para consigo misma, es decir, para que conserve su cuerpo y su mente limpios y realice buenas acciones, que el que logre obtener un entendimiento y una apreciación del significado cabal de las siguientes palabras del apóstol Juan:

"Mirad cuál amor nos ha dado el Padre, para que seamos llamados hijos de Dios; por esto el mundo no nos conoce, porque no le conoció a él.

Amados, ahora somos hijos de Dios, y aún no se ha manifestado lo que hemos de ser; pero sabemos que cuando él se manifieste, seremos semejantes a él, porque le veremos tal como él es." (1 Juan 3:1-2.)

En seguida explica el cambio que se verifica en aquellos que comprenden ese elevado concepto en toda su profundidad:

"Y todo aquel que tiene esta esperanza en él, se purifica a sí mismo, así como él es puro." (1 Juan 3:3.)

Con esas palabras, Juan pone de relieve un hecho que extralimita la comprensión de quienes no conocen al Dios verdadero. La promesa de que cuando veamos a Dios será porque ya habremos llegado a ser como El motivará a purificarse del pecado a todas las personas que tengan dicha esperanza. Esa esperanza produce sus frutos en todos los que creen en la promesa y alienta en ellos un espíritu de reverencia: reverencia no sólo hacia su propio yo, sino también por Dios y por su hogar.

Quisiera mencionar algo en cuanto a la reverencia por el sacerdocio. En el Antiguo Testamento se encuentra un incidente que ilustra lo que deseo destacar, el cual tiene que ver con la actitud de David para con Saúl. Como recordaréis, en una ocasión en que éste buscaba a David por los montes para matarlo, porque pensaba que iba ganando más popularidad que él entre los del pueblo, llegó hasta la entrada de una cueva, y sin saber que David y sus hombres se hallaban dentro de ella, en los rincones interiores, entró allí a descansar. Entonces, los hombres de David dijeron a éste:

"He aquí el día de que te dijo Jehová: He aquí que entrego a tu enemigo en tu mano, y harás con él

como te pareciere. Y se levantó David, y calladamente cortó la orilla del manto de Saúl.

Después de esto se turbó el corazón de David, porque había cortado la orilla del manto de Saúl." (1 Samuel 24:4-5.)

Se podría pensar que, considerando las circunstancias, le hubiera cortado la cabeza a Saúl, ya que el propósito por el cual este último andaba por allí era quitarle la vida. Pero David no le hizo ningún daño; tan sólo le cortó la orilla del manto; y aun sintió remordimiento de haber hecho eso. ¿Por qué? Pues veamos la explicación que nos da la Escritura:

"Y dijo [David] a sus hombres: Jehová me guarde de hacer tal cosa contra mi señor, el ungido de Jehová, que yo extienda mi mano contra él; porque es el ungido de Jehová.

Así reprimió David a sus hombres con palabras, y no les permitió que se levantasen contra Saúl. Y Saúl, saliendo de la cueva, siguió su camino.

También David se levantó después, y saliendo de la cueva dio voces detrás de Saúl, diciendo: ¡Mi señor el rey! Y cuando Saúl miró hacia atrás, David inclinó su rostro a tierra, e hizo reverencia.

Y dijo David a Saúl: ¿Por qué oyes las palabras de los que dicen: Mira que David procura tu mal?

He aquí han visto hoy tus ojos cómo Jehová te ha puesto hoy en mis manos en la cueva; y me dijeron que te matase, pero te perdoné, porque dije: No extenderé mi mano contra mi señor . . ." (1 Samuel 24:6-10.)

¿Y por qué razón no levantó David la mano contra Saúl? Por el motivo que él mismo mencionó: ". . . porque es el ungido de Jehová."

Considero que la forma en que David actuó en aquellas difíciles circunstancias nos enseña una gran lección con respecto a la reverencia en lo tocante al sacerdocio, o sea, reverencia para con los poseedores del sacerdocio que representan al Señor.

Si amamos al Señor, tendremos reverencia por El, por su casa, por nuestro hogar, por nosotros mismos y por su sacerdocio.

Ruego que tengamos el amor de Dios en nuestro corazón, como también el deseo de traspasar ese amor de nuestro corazón al de nuestros hijos, a fin de que ellos puedan llegar a sentir y poner de manifiesto la verdadera reverencia.

Ideas para los maestros orientadores

1. Relate una experiencia personal concerniente a la importancia de la reverencia. Pida a los miembros de la familia que expongan sus experiencias y sentimientos personales sobre la reverencia.

2. ¿Hay versículos de las Escrituras o citas en este artículo que los miembros de la familia quisieran leer en voz alta, u otros pasajes que deseara usted leer con ellos?

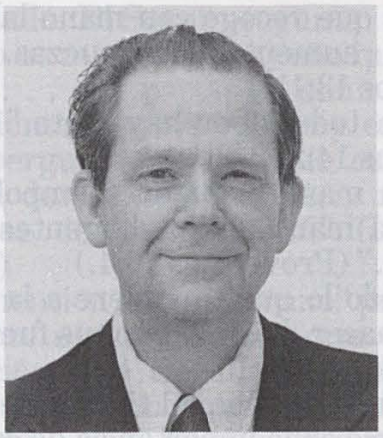
3. Hablen de las formas en que cada uno de ellos puede manifestar reverencia por el Señor, así como por Su casa, por los líderes del sacerdocio, por su hogar y por sí mismos.

4. Conversen con respecto a la relación que existe entre el amor y la reverencia expuesta por el presidente Romney. ¿Por qué es cierto que "cuanto mayor sea el amor que la persona sienta hacia Dios, tanto más profunda será la reverencia que sienta por El?"

5. ¿Sería esta conversación más eficaz si se hablara con el jefe de la familia antes de hacer la visita? ¿Hay algún mensaje del director del quórum o del obispo para el jefe de la familia referente a la reverencia?

PREGUNTAS Y RESPUESTAS

Estas respuestas se dan como ayuda y orientación para los miembros, y no como pronunciamiento de doctrina de la Iglesia.



Leland H. Gentry,
Instructor del Instituto de Religión de Salt Lake, Universidad de Utah

¿Qué lugar ocupaban y qué importancia tenían, entre los antiguos israelitas, los cuatro deberes de mayor consideración en los tiempos actuales, a saber, la obra genealógica, el plan de bienestar, la obra misional y la familia? ¿Qué era la religión para ellos?

Como puede suponerse, todas las responsabilidades sacerdotales en que la Iglesia hace hincapié en la actualidad tuvieron su duplicado en el antiguo Israel, con algunas diferencias en lo tocante a propósito y planteamiento. Unicamente la familia, la unidad básica de la sociedad tanto en aquel entonces como en el presente, parece haber tenido la misma importancia que ahora se le otorga.

La familia. En su calidad de cabeza de la familia, el padre no sólo tenía la responsabilidad de proveer para los suyos, atendiendo a sus necesidades básicas, sino que también era la autoridad en materia de disciplina y educación. Cuando Moisés enseñó a los del pueblo de Israel la ley y los mandamientos, los exhortó a enseñar esas cosas a sus hijos:

"Y las repetirás a tus hijos, y hablarás de ellas estando en tu casa, y andando por el camino, y al acostarte, y cuando te levantes." (Deuteronomio 6:7.)

El profeta Lehi, residente de Palestina alrededor del año 600 a. de J. C., evidentemente observó con formalidad esa admonición, puesto que su hijo Nefi nos dice: "Recibí . . . alguna instrucción en toda la ciencia de mi padre" (1 Nefi: 1:1).

La maternidad también ocupaba una posición eminente entre los antiguos israelitas. "Dame hijos, o si no, me muero", dijo Raquel a Jacob, su marido (véase Génesis 30:1); Ana, la madre de Samuel, imploró al Señor que la aliviase de su "aflicción" y le diese un hijo (véase 1 Samuel 1:11).

Como esposa y madre, la mujer hebrea recibía el más supremo respeto de su marido y de sus hijos.

A los niños se les enseñaba: "Oye . . . la instrucción de tu padre, y no desprecies la dirección de tu madre" (Proverbios 1:8). El "honra a tu padre y a tu madre" (Exodo 20:12) no era entre los israelitas de antaño sólo un dicho trillado, sino un mandamiento entendido al pie de la letra.

El bienestar. En el antiguo Israel abundaban los pobres, y del mismo modo, los ricos y los avaros. Con Moisés fue instituida la ley que mandaba a los ricos que no recogiesen el fruto caído en sus campos después de la siega, de manera que lo dejasen para los pobres, las viudas y los huérfanos. (Véanse Levítico 19:9-10; Deuteronomio 24:19-21.) "Restituid al agraviado, haced justicia al huérfano, amparad a la viuda", exhortó Isaías (Isaías 1:17). Y Zacarías da a conocer las palabras del Señor, diciendo:

"Juzgad conforme a la verdad, y haced misericordia y piedad cada cual con su hermano;

no oprimáis a la viuda, al huérfano, al extranjero ni al pobre; ni ninguno piense mal en su corazón contra su hermano." (Zacarías 7:8-10.)

Evidentemente, el bienestar de las personas, aun en aquel tiempo, abarcaba muchísimo más que el sólo satisfacer las necesidades de alimento y techo de los pobres.

Desde luego, se contaba con que todos aquellos que pudieran trabajar lo hicieran. El trabajo honorable se consideraba una gran virtud:

"El que recoge con mano laboriosa . . . aumenta" las riquezas. (Proverbios 13:11.)

"En toda labor hay fruto." (Proverbios 14:23.)

"La mano negligente empobrece; mas la mano de los diligentes enriquece." (Proverbios 10:4.)

"Todo lo que te viniere a la mano para hacer, hazlo según tus fuerzas." (Eclesiastés 9:10.)

También en aquel tiempo se hacía hincapié en la importancia de conservarse libre de deudas y de practicar la economía. Si un hombre debía a otro lo que le había pedido prestado, se le consideraba malvado si no cumplía con su obligación. (Véase Salmo 37:21.) Del mismo modo, el que pedía prestado era siervo –se hallaba literalmente en cautiverio– de su acreedor hasta que saldaba su deuda con éste. (Véase Proverbios 22:7.) En lo tocante a ahorro y frugalidad, Isaías amonestó a no desperdiciar diciendo: "¿Por qué gastáis el dinero en lo que no es pan, y vuestro trabajo en lo que no sacia?" (Isaías 55:2.) Con esas palabras parece decir que el tiempo es valiosísimo y que por tanto debe protegerse en la misma forma en que se resguarda el dinero.

Mas, con todo, el antiguo Israel también tuvo su porción de conflictos con respecto al bienestar del pueblo. Una de las maneras de proveer para los necesitados era la ley del ayuno: los que contaran con los medios habían de ayunar durante cierto tiempo y dar el alimento que se hubiesen abstenido de consumir, o el equivalente de éste, al pobre y al

necesitado. El Señor pregunta:

"¿No es más bien el ayuno que yo escogí . . . que partas tu pan con el hambriento, y a los pobres y errantes albergues en casa; que cuando veas al desnudo, lo cubras, y no te escondas de tu hermano?" (Isaías 58:6-7.)

La mención a "tu hermano" probablemente sea un recordatorio de la obligación que tiene cada cual de atender a las necesidades de sus familiares, sean ellos padres ancianos o niños pequeños.

Quienes han estudiado el Antiguo Testamento están familiarizados con la obra que José llevó a cabo en Egipto cuando hizo guardar la provisión recogida durante los años de abundancia para los tiempos de escasez que habían de sobrevenir. (Véase Génesis 41:34-36, 49.) Del mismo modo, es bien conocida la admonición del Señor que dice: "Traed todos los diezmos al alfolí y haya alimento en mi casa" (Malaquías 3:10).

La obra misional. En el antiguo Israel no se brindó mayor atención al esparcimiento de la verdad en países extranjeros; la obra misional se limitó más que nada a la predicación entre los israelitas apóstatas, quienes demostraron con su modo de proceder que no estaban preparados para llevar el evangelio a otras gentes en mayor escala. En realidad, aun cuando el convenio de Dios con Abraham especificaba la tarea de bendecir a "todas las familias de la tierra, sí, con las bendiciones del evangelio" (Abraham 2:11), Israel se mantuvo en cierto modo apartado de los otros pueblos. Esto se debió en parte a la necesidad, pues cada vez que los israelitas se mezclaban con habitantes de otras naciones, sus hijos se casaban con los de éstas y adoptaban sus costumbres impías. Por tanto, el Señor mandó a Israel que nunca hiciera alianza con ellas ni se emparentara con ellas por medio de vínculos matrimoniales (véase Deuteronomio 7:2-3).

Desde luego, es difícil dar a conocer la palabra de Dios cuando está prohibido mezclarse con los que podrían considerarse posibles conversos. No obstante, hubo excepciones. Cuando Noemí y Elimelec se fueron a vivir a Moab por motivo del hambre que había en Belén, los dos hijos de este matrimonio se casaron con muchachas moabitas, y al menos una de ellas adoptó las costumbres hebreas:

"Tu pueblo será mi pueblo", dijo Rut a su suegra Noemí, "y tu Dios mi Dios". (Rut 1:16.)

Indudablemente, Noemí y los suyos deben de haber llevado a cabo alguna labor de índole misional, puesto que la conversión de Rut fue cabal y completa. Es probable que haya habido otras conversiones por el estilo, de carácter individual, fruto de personas rectas que dieron a conocer su fe, pero de las cuales no tenemos registro.

A juzgar por la diversidad de pasajes del Antiguo Testamento, es evidente que el Señor deseó que Israel mostrara la senda de la verdad al mundo; sin embargo, al parecer no

se hizo ninguna tentativa manifiesta de efectuar obra proselitista fuera del caso del profeta Jonás. Más bien, los profetas de Israel previeron la conversión de las naciones de los gentiles en un tiempo futuro. Isaías profetizó de una época en que los gentiles buscarían el "pendón" de Israel (Isaías 11:10), de una era en que la gloria de Dios se publicaría "entre las naciones" que no habían oído de El (véase Isaías 66: 19). Asimismo, Malaquías previó el día en que el nombre de Dios sería grande "entre las naciones" (Malaquías 1:11).

La obra genealógica y la obra del templo. Los antiguos israelitas edificaron templos y en ellos efectuaron ordenanzas sagradas. No obstante, se sabe que en los tiempos del Antiguo Testamento no se llevaron a cabo bautismos por los muertos. El presidente Joseph Fielding Smith dijo al respecto lo siguiente:

"Cristo fue el primero en declarar el evangelio a los muertos, y no fue sino hasta después de su resurrección que se otorgó este privilegio del bautismo por los muertos." *Doctrina de salvación*, tomo II, pág. 106.)

No obstante, los antiguos israelitas tomaron seriamente la tarea de conservar sus genealogías:

"Contado todo Israel por sus genealogías, fueron escritos en el libro de los reyes de Israel . . . y . . . de Judá." (1 Crónicas 9:1.)

Entre aquellos cuya genealogía se conservó rigurosamente se contaban los antiguos sacerdotes, miembros de la tribu de Leví y de la casa de Aarón. Ahora, como los varones primogénitos de la casa de Aarón estaban facultados para presidir, y únicamente los sacerdotes y los levitas podían efectuar las ordenanzas de los sacrificios por el pueblo, era indispensable conocer su linaje.

Por lo demás, recordemos que Malaquías habló de la venida de Elías, quien había de hacer "volver el corazón de los padres hacia los hijos, y el corazón de los hijos hacia los padres", para que la tierra no fuese herida con maldición. (Véase Malaquías 4:6.) Evidentemente, Malaquías entendía lo que proclamó de la misma manera en que nosotros lo entendemos, porque también hizo mención a aquellos que en el postrer día quedarán sin "raíz ni rama" (Malaquías 4:1). La condición de la persona que no esté sellada ni a sus antecesores ni a los de su posteridad será ésa precisamente: no tendrá ni raíz ni rama.

El llevar registros formaba parte del modo de vida de Israel. Principiando con Adán, que llevó un libro de memorias (véase Moisés 6:5), encontramos hombres que hicieron constar por escrito un relato de los acontecimientos de sus tiempos y de su propia vida (véanse Moisés 6:46; Abraham 1:31). En épocas ulteriores a las de Abraham y de Moisés, encontramos a otros hombres que fueron especialmente designados para llevar registros; por ejemplo, David "puso . . . ministros de los levitas" para que llevasen registro de las memorias de Israel. (Véase 1 Crónicas 16:4.) Y todavía más adelante, se

emplearon escribas versados para escribir e interpretar lo que se había escrito. Esdras, que escribió el libro que lleva su nombre, fue uno de ellos. (Véase Esdras 7:11.)

Cabe subrayar el hecho de que en el antiguo Israel era de particular interés llevar la genealogía de la familia, lo cual prueban las largas listas genealógicas que abundan a lo largo de todo el Antiguo Testamento. En la relación de éste, podemos observar que los judíos, tras su regreso del cautiverio, prosiguieron la tarea aún con mayor ahínco. Esdras escribió un relato detallado de Israel por familias (véase Esdras 2, 8; además, Nehemías 7:5-64.), y en sus escritos hace mención particular a un libro de registros diciendo "el libro de las memorias de tus padres" (Esdras 4:15), lo cual nos trae a la memoria las palabras de Abraham en cuanto a que él había preservado en sus propias manos "los anales de los padres, sí, los patriarcas, concernientes al derecho del sacerdocio" y a que trataría de escribir algunas de esas cosas "para el beneficio de mi posteridad que vendrá después de mí" (Abraham 1:31).

Es, entonces, evidente que al menos la familia, el bienestar de la gente y la obra genealógica fueron partes importantes de la religión del antiguo Israel, como lo son en la actualidad.

Desde luego, la religión pura es algo que concierne a lo más profundo del alma de cada cual, algo que incumbe al "corazón" del hombre. Moisés enseñó a los de su pueblo diciéndoles: "Amarás a Jehová tu Dios de todo tu corazón, y de toda tu alma, y con todas tus fuerzas" (Deuteronomio 6:5).

Y el autor del libro de los Proverbios amonesta de un modo semejante:

"Fíate de Jehová de todo tu corazón, y no te apoyes en tu propia prudencia.

Reconócelo en todos tus caminos, y él enderezará tus veredas." (Proverbios 3:5-6.)

Sin lugar a dudas el amar al Señor y obedecerle, en los tiempos actuales como en los antiguos, constituye la mejor indicación de la religión de cada cual.

Estos tiempos requieren grandes responsabilidades de los padres, y también las requiere el Señor. Existen tres requisitos: Establecer un hogar donde reinen el amor y el Espíritu del Señor, criar a los hijos en la luz y la verdad y poner nuestros hogares en orden.

Presidente Ezra Taft Benson

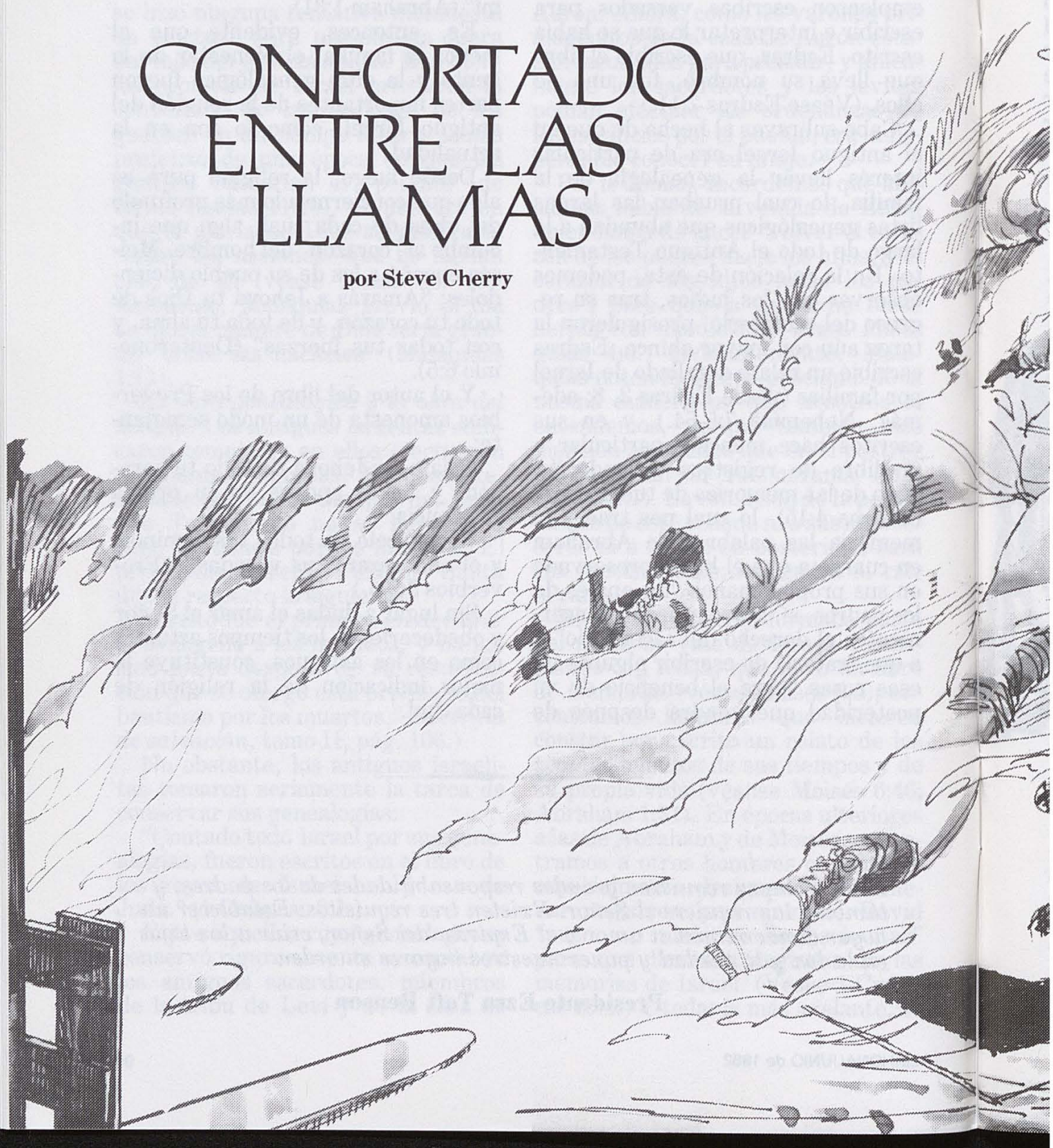
Durante los meses que siguieron a mi bautismo, llegué a depender en gran manera de la guía del Espíritu Santo, recordando constantemente las palabras de Moroni:

"Y por el poder del Espíritu Santo podréis conocer la verdad de todas las cosas.

. . . no neguéis el poder de Dios; porque él obra por poder, de acuerdo con la fe de los hijos de los hombres."

CONFORTADO ENTRE LAS LLAMAS

por Steve Cherry



(Moroni 10:5, 7.)

No transcurrió mucho tiempo para que llegara yo a descubrir cuán desamparados estamos sin esa ayuda.

Un día de enero de 1978, cuando, como de costumbre, me encontraba ocupado en mis labores de la fábrica donde trabajo, el supervisor se acercó y nos pidió, a mí y a otros dos funcionarios, que fuésemos a trabajar en el cuarto donde se aprensan los cartones en fardos y se destruyen los productos dañados y obsoletos. Uno de ellos y yo nos dedicamos a la tarea de enfardar, y el otro, a aplastar los envases de lata de aerosol que sumaban un total de 92.500. Las emanaciones eran intensas. A las ocho y veinte de la mañana fueron en la carretilla montacargas para llevarse algunos de los bultos.

Recuerdo que me encontraba de pie, a poco más de medio metro de dicha máquina, cuando el hombre que la operaba hizo mover hacia adelante los garfios del montacargas. Súbitamente pareció como si alguien me hubiese atacado con un lanzallamas disparando el fuego en mi dirección por debajo del aparato; y entonces, en fracciones de segundo, vi que ardía todo el cuarto. Acto seguido, me sentí lanzado violentamente por el aire y fui a caer en un foso de unos 75 centímetros de ancho por casi dos metros y medio de largo y dos metros de profundidad, cuyo interior lamían las llamas, y, como es de imaginar, toda la ropa que llevaba puesta también ardía. Al llegar a ese punto, hubo una terrible detonación producida al explotar 2.500 envases de aerosol.

Sólo me bastó un segundo para darme cuenta de la verdad desnuda: me aguardaba una muerte inmediata. Pero entonces, repentinamente, comencé a sentir una fuerza interior: me así fuertemente a la máquina para enfardar y me esforcé por salir de aquel foso en llamas. La máquina estaba terriblemente caliente, y cada intento que hacía para subir un poco más me quemaba las

manos de un modo atroz. Sin embargo, con aquella fuerza interior que había invadido todo mi ser, seguía trepando. El fuego me consumió prácticamente toda la ropa que tenía puesta.

Una vez que logré salir de aquel hoyo, pude notar que el cuarto no era más que ruinas, habiendo sido todo arrasado por las llamas; no vi a nadie. Para entonces, no dejaba de repetirme las palabras que se encuentran en Moroni 10:5-7, el pasaje en el cual tanto había aprendido a confiar. Por fin divisé un hoyo que la explosión había dejado en la pared y me abrí paso por allí hasta salir al exterior. Después, alguien me dijo que cuando yo salía por aquel socavón, todo el muro había comenzado a derrumbarse; no obstante, ninguno de los escombros me tocó. Uno de los hombres que allí había me abrió la puerta para dejarme entrar en la parte principal del edificio. En aquellos momentos, no vi a mis compañeros de trabajo junto a los cuales me encontraba al producirse la explosión, pero más tarde averigüé que habían logrado salir por la parte posterior de la fábrica. Uno de los obreros de la planta, que había recibido capacitación en la armada para prestar primeros auxilios, se quedó a mi lado.

Poco después llegó la ambulancia, y me transportaron sin tardanza hasta un centro médico para el tratamiento de quemaduras graves; allí me desprendieron los restos de ropa que me quedaban y me aplicaron vendajes mojados. El facultativo que me atendió dijo que yo había sufrido quemaduras graves de segundo y tercer grado en el cuarenta y tres por ciento de mi cuerpo.

Una vez concluido el reconocimiento médico inicial, les dije: "Soy mormón. Quisiera que me dieran una bendición de salud". Aquella tarde fueron dos misioneros y me dieron una bendición; por la noche, el obispo, mi maestro orientador y un buen amigo mío me dieron otra bendición en la cual se me prometió que viviría, que llegaría a valerme nuevamente de las manos, como antes, y que sanaría de un modo excepcionalmente rápido. Volví entonces a sentir la fortaleza interior que había experimentado cuando me encontraba totalmente rodeado por las llamas en aquel foso, y ese poder ya no se apartó de mí.

En dos ocasiones estuve al borde de la muerte, pero siempre me sentí en paz conmigo mismo, lo cual, creo, fue parte de la bendición que recibí. Al cabo de dos semanas comencé a mejorar, y la curación que tuvo lugar en mí fue verdaderamente milagrosa. Dos días antes del que habían elegido para comenzar a hacerme los injertos de piel en la mano y muñeca derechas, el terapeuta me quitó los vendajes y vio que tenía la mano casi totalmente cicatrizada; me había crecido piel donde se consideraba que eso nunca podría suceder.

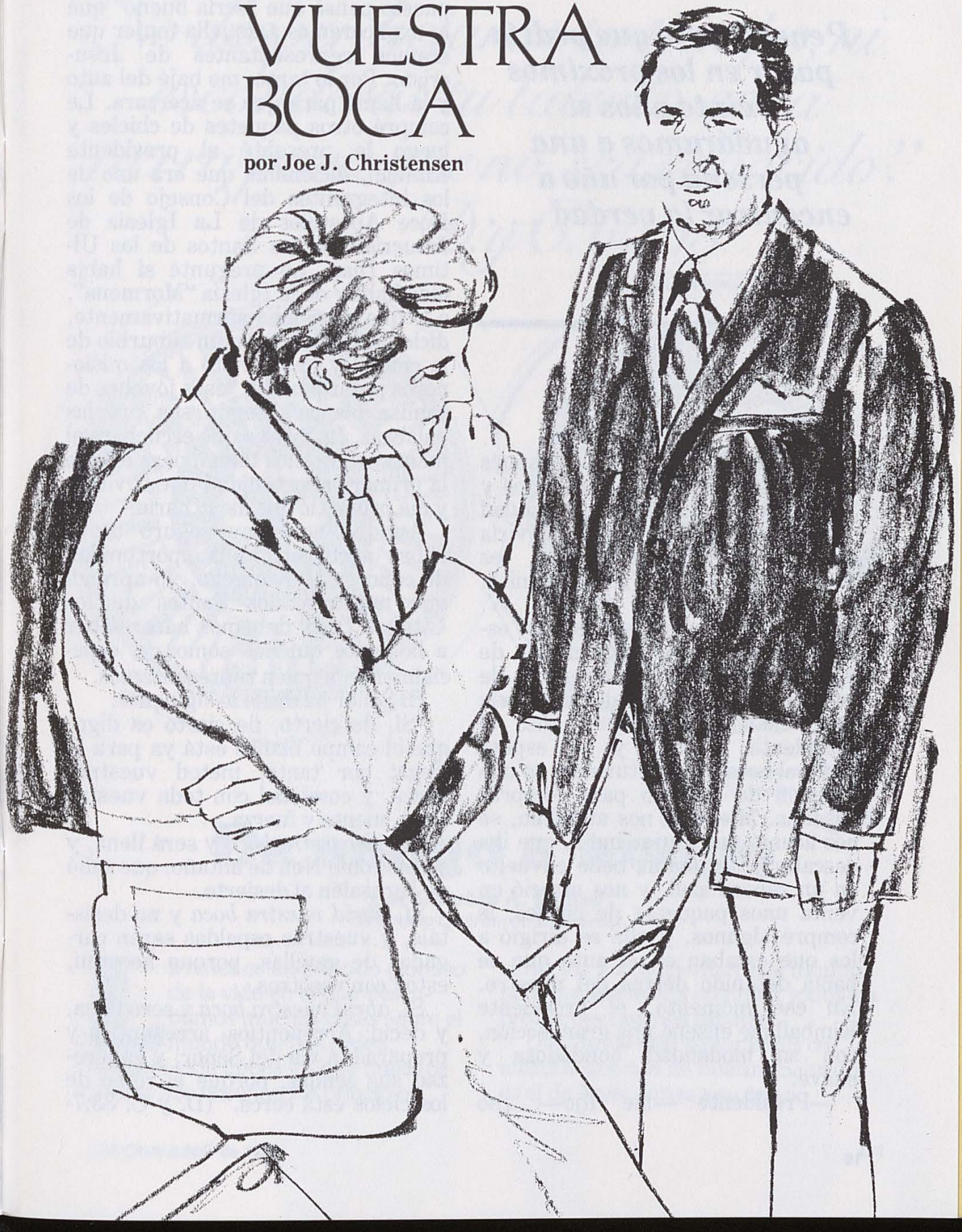
—Quiero ver la mano donde se ha operado ese milagro —dijo el médico, y expresó su asombro ante el hecho prodigioso de que tal curación se hubiera verificado en un lapso tan breve de tiempo.

Al cabo de cinco semanas me dieron de alta en el hospital; permanecí allí cerca de la mitad del tiempo que habían calculado tardaría yo en restablecerme.

Sé sin duda que la fortaleza interior que recibí fue el poder del Espíritu Santo y que por medio de este poder fui sanado; sé, asimismo, que sin él yo habría perecido ineludiblemente en medio de las llamas.

ABRID VUESTRA BOCA

por Joe J. Christensen



Pensad en lo que podría pasar en los próximos veinte años si ayudáramos a una persona por año a encontrar la verdad . . .

En 1970, unos días después que mi esposa, mis hijos y yo llegáramos a la Ciudad de México donde serviría como presidente de misión, los presidentes Joseph Fielding Smith, N. Eldon Tanner y Spencer W. Kimball, con sus respectivas esposas, nos visitaron con motivo de nuestra primera conferencia de misioneros. Después de finalizada ésta, cuando llevaba en auto al presidente Kimball y su esposa hasta el hotel, nos detuvimos en una estación de servicio para comprar gasolina. Mientras nos atendían, se nos acercó una mujer india, que iba descalza y llevaba su bebé envuelto en un rebozo azul, y nos ofreció en venta unos paquetes de chicles; le compré algunos, y ella se dirigió a los que estaban en el auto que se había detenido detrás del nuestro. En ese momento, el presidente Kimball me enseñó una gran lección, con su modalidad bondadosa y suave.

—Presidente —me dijo—, ¿no sería bueno que le hiciéramos saber a esa hermana quiénes somos?

Con esa clase de aliento, por supuesto pensé que "sería bueno" que le explicáramos a aquella mujer que éramos representantes de Jesucristo. Por lo tanto, me bajé del auto y la llamé para que se acercara. Le compré otros paquetes de chicles y luego le presenté al presidente Kimball, diciéndole que era uno de los integrantes del Consejo de los Doce Apóstoles de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Ultimos Días. Le pregunté si había oído hablar de la Iglesia "Mormona", a lo que respondió afirmativamente, diciendo que vivía en un suburbio de la ciudad y había visto a los misioneros pasar por allí, "esos jóvenes de camisa blanca", según sus propias palabras. La insté a que escuchara el mensaje que ellos tenían para ella en la primera oportunidad que tuviera, y me prometió que así lo haría.

Aunque no estoy seguro de si habrá aprovechado la oportunidad de conocer el evangelio, yo aprendí que nosotros, los Santos de los Ultimos Días, debemos hacer saber a la gente quiénes somos y, especialmente, a quién representamos.

El Señor ha dicho lo siguiente:

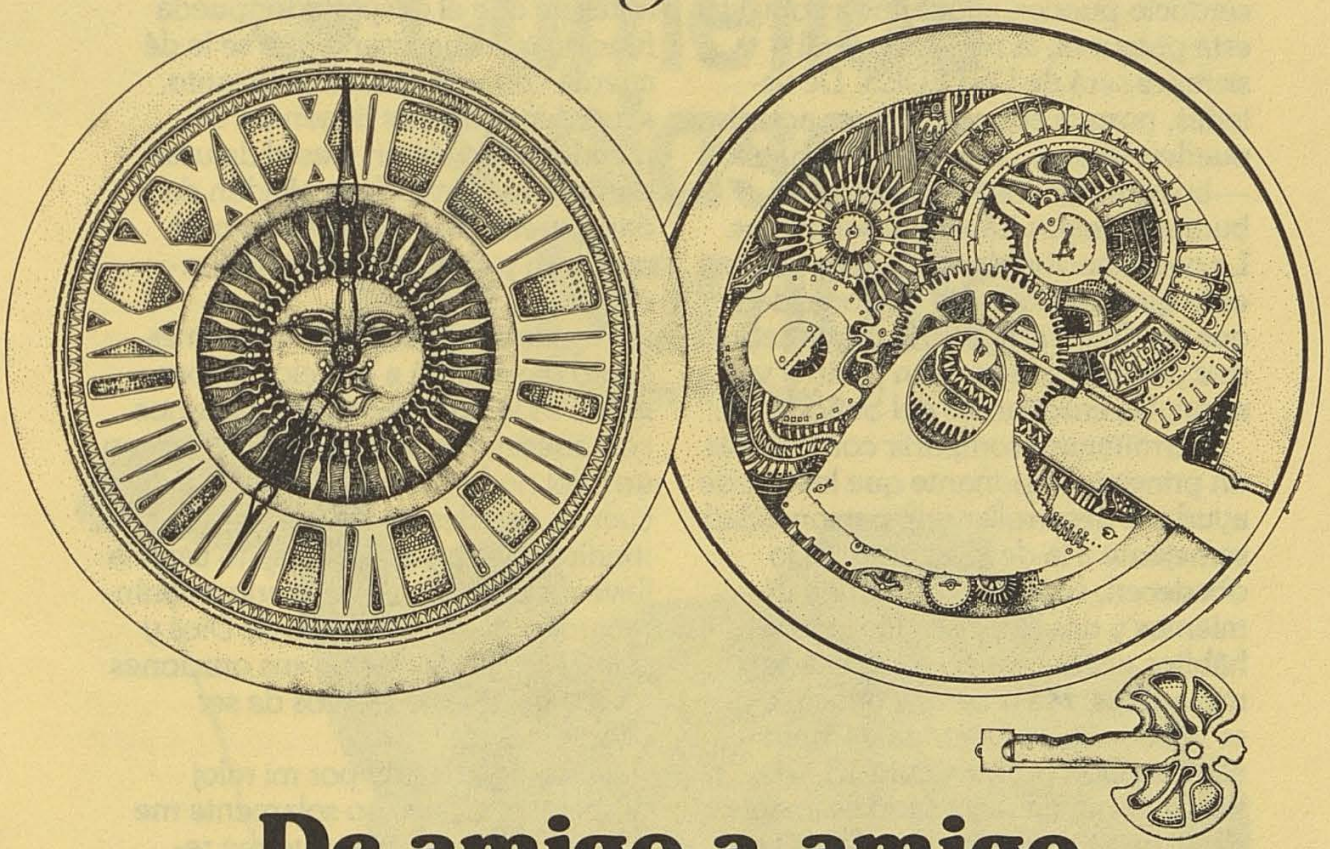
"Sí, de cierto, de cierto os digo, que el campo blanco está ya para la siega; por tanto, meted vuestras hoces, y cosechad con toda vuestra alma, mente y fuerza.

Abrid vuestra boca y será llena, y seréis como Nefi de antaño, que salió de Jerusalén al desierto.

Sí, *abrid vuestra boca* y no desistáis, y vuestras espaldas serán cargadas de gavillas, porque he aquí, estoy con vosotros.

Sí, *abrid vuestra boca* y será llena, y decid: Arrepentíos, arrepentíos y preparad la vía del Señor, y enderezad sus sendas; porque el reino de los cielos está cerca." (D. y C. 33:7-

"No desperdiciarás tu tiempo, ni esconderás tu talento en la tierra para que no sea conocido."
D. y C. 60:13



De amigo a amigo

por Charles A. Didier
del Primer Quórum de los Setenta

La niñez es un período glorioso de la vida en el que descubrimos muchas cosas sobre el mundo que nos rodea; también es la época en que nuestros padres nos enseñan los principios correctos que gobiernan este mundo, para prepararnos a enfrentar todos los problemas que nos esperan.

Uno de los más importantes cometidos que nos da nuestro Salvador es el de llevar almas a su reino.

También nuestro amado Profeta, el presidente Spencer W. Kimball, exhorta a cada muchacho a que se prepare para ser un misionero digno. Sin embargo, muchos de ustedes se preguntan cómo pueden llegar a ser dignos de ser llamados a servir como misioneros del Señor Jesucristo; y aun cuando sus padres y líderes del sacerdocio pueden ayudarlos a contestar esta pregunta, la respuesta final siempre será de USTEDES. De ustedes, porque sus costumbres actuales pueden llegar a convertirse en hábitos —buenos hábitos si son acciones buenas y malos hábitos si son malas. La combinación de todos esos hábitos es lo que constituirá la personalidad que tendrán en el futuro, y ésta será lo que determinará en gran parte si van a seguir las enseñanzas del Señor o no.

Permítanme compartir con ustedes un principio importante que los puede ayudar a desarrollar una personalidad semejante a la de Jesucristo. Si lo obedecen, seguirán sus mandamientos y desarrollarán los buenos hábitos necesarios para llegar a ser misioneros. Me refiero al principio que se encuentra en Doctrina y Convenios, sección 60, versículo 13, y la mejor forma de recordarlo es imaginarse que tienen frente a ustedes un reloj despertador.

¿Qué sucede cuando el reloj despertador no suena a tiempo, o cuando no suena? Puede que perdamos el autobús, que lleguemos atrasados a la escuela o a una reunión, y por causa de estos atrasos nos sentimos mal o frustrados. El despertador es un recordatorio del deber, de que es tiempo de actuar. Podemos pensar que es algo que nos ayuda a administrar mejor nuestro tiempo, y particularmente a llevar a cabo la obra del Señor.

El reloj despertador funciona por medio de un resorte; cada vez que oigan la campanilla, piensen en el poder que puede tener un resorte: nos hace saltar de la cama. Sin embargo, antes de que el despertador pueda funcionar, es necesario que se le dé cuerda con una llave. Por lo tanto, acuérdense de que tienen un cometido que cumplir, y es el de usar siempre esa llave. Si se olvidan de darle cuerda, las manecillas no se moverán y el despertador no funcionará.

A veces pienso que la oración es como dar cuerda a un reloj despertador; es la llave para comunicarnos con nuestro Padre Celestial. Así como un reloj no funciona sin que se le dé cuerda, ustedes no estarán en comunicación con el Señor si no usan la llave de la oración. Al hacerlo estarán recordando que son hijos de Dios y que El está escuchando sus oraciones y sabe que tienen deseos de ser obedientes.

Estoy agradecido por mi reloj despertador, pues no solamente me dice qué hora es, sino que me recuerda que es la hora de pensar en orar. Me recuerda que no debo malgastar el tiempo sino desarrollar mis talentos y compartirlos con los demás, lo cual es una forma de demostrar mi amor hacia nuestro Padre Celestial.

Somos hijos de Dios, nuestro tiempo es Su tiempo, y El nos lo ha dado para que podamos servirle.

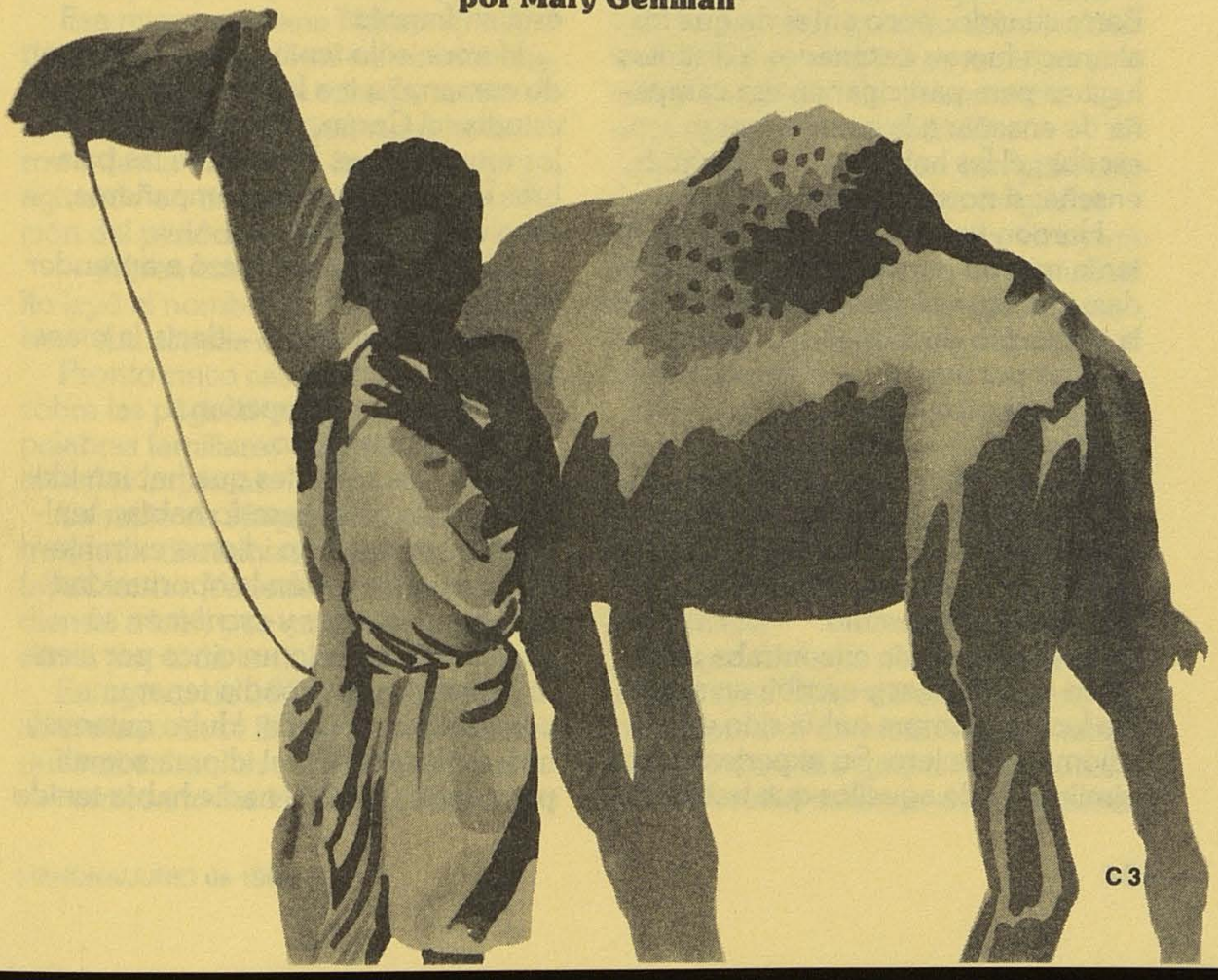
Haroon estaba sentado bajo una acacia solitaria que extendía su copa como una gigantesca sombrilla protegiéndolo de los rayos del sol. Miró hacia la melancólica colonia nómada en la que entonces vivía.

*Esas chozas redondas se parecen a las pilas de pasto que cargaban los asnos camino al mercado en Mogadiscio**, pensó el joven. Sus ojos se quedaron como mirando a la distancia. *¿Qué estará haciendo papá en estos momentos?* se preguntó. *Quisiera poder estar sentado con él en casa, gozando de la brisa del mar y comiendo el sabroso guiso de arroz con carne que prepara mamá. Nuestra casa es bastante grande para nuestra familia; en cambio aquí, debo agacharme para*

**Mogadiscio -- Mogadishu, capital de Somalia.*

Camellos y clases en Somalia

por Mary Gehman



entrar a la choza, y las personas que dormimos allí apenas cabemos.

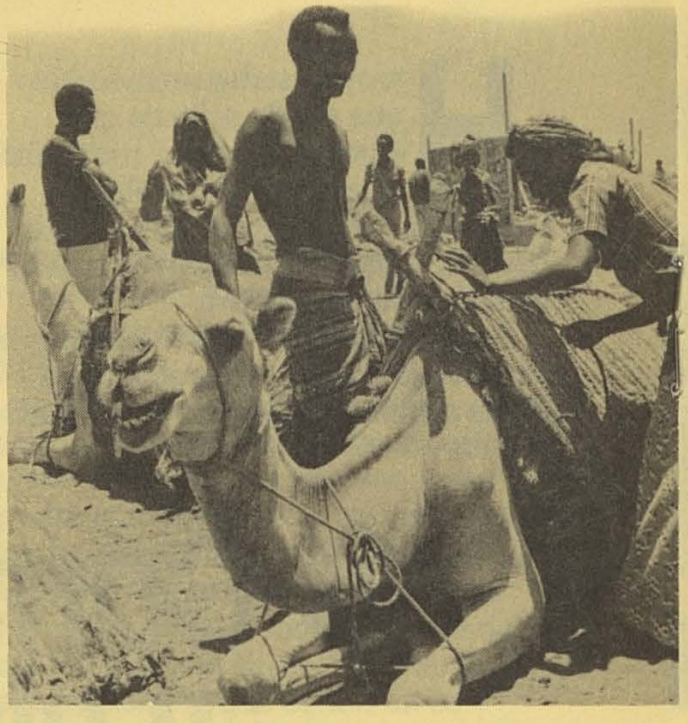
La tierra que se perdía en el horizonte se veía hacia todas direcciones tan plana como el cedazo para zarandear el grano que había visto tejer a Amina con tiras de corteza. Cerca de allí había unas pocas matas bajas alrededor de las que se juntaban las cabras, como los pollitos alrededor de la gallina. A lo lejos pudo ver un hato de camellos que pertenecían a la colonia.

Todo estaba bastante tranquilo mientras Haroon continuaba pensando en su hogar, a unos 800 kilómetros hacia el sur. Entonces recordó las palabras del presidente Mohamed Siyad Barre cuando, poco antes de que los alumnos fueran destinados a distintos lugares para participar en esa campaña de enseñar a la gente a leer y escribir, él les había dicho: "Si sabes, enseña; si no sabes, aprende".

Haroon había estado seguro de que tenía mucho para enseñar a los nómadas, que representan más del 70% de la población de Somalia, y estaba ansioso por ayudarlos a aprender a leer y a escribir el somalí.

Hasta el 21 de octubre de 1972 este idioma no había sido escrito, solamente era hablado; hasta que el gobierno revolucionario, después de tres años de estar en el poder, decretó la creación del idioma escrito.

Haroon todavía encontraba un poco extraño leer y escribir en somalí. La lectura siempre había sido en un idioma extranjero. Su experiencia era similar a la de aquellos que hablan en



Un joven de la ciudad aprendiendo a poner una carga sobre un camello.

español en la casa pero deben hablar en francés adondequiera que vayan, sin conseguir libros ni revistas en español, porque todo lo que hay para leer está en francés.

Haroon sólo tenía cuatro años cuando comenzó a ir a la escuela para estudiar el Corán, el libro sagrado de los musulmanes. El contaba las palabras en árabe con sus compañeros, pero no las entendía.

A los siete años empezó a aprender inglés.

—Esto es un libro —decía la maestra en la escuela.

Y treinta voces repetían:

—Esto es un libro.

Todos los somalíes que habían ido a la escuela en el pasado habían tenido que aprender un idioma extranjero, porque no tenían la oportunidad de aprender a *leer y escribir* en su lengua nativa. Sólo un cinco por ciento de las personas podía tener una educación apropiada. Hubo quienes trataron de escribir el idioma somalí, pero antes de 1972 nadie había tenido

Fotografías por el autor.

éxito.

Haroon recordó la emoción que había sentido el día que anunciaron que el idioma se escribiría con el mismo alfabeto que él usaba para estudiar inglés. Aeroplanos volando sobre la ciudad habían dejado caer volantes para anunciar a la gente las buenas nuevas. En seguida todos empezaron a aprender a leer y escribir en somalí.

Tres meses más tarde su padre, que estaba empleado en una oficina del gobierno, le dijo:

—Para poder conservar mi trabajo, la semana que viene tendré que pasar un examen para probar mi capacidad de leer y escribir en somalí.

Esa misma semana Haroon y tres de sus amigos estaban en un café que tenía las mesas en la vereda, tomando un refresco de especias, cuando vieron a Jama corriendo hacia ellos y agitando en una mano la primera edición del periódico somalí.

—¡Miren esto! —gritó. Y con orgullo leyó el nombre "Xiddigta Oktoobar" (La estrella de octubre).

Pronto cinco cabezas se inclinaron sobre las páginas pronunciando las palabras familiares que parecían raras al verlas impresas.

La radio de Mogadiscio comenzó a transmitir diariamente lecciones de alfabetización. Ya todos estaban aprendiendo a leer, y se empezaron a dictar clases por toda la ciudad.

En agosto de 1974, la campaña de alfabetización se llevó a los nómadas que habitaban en el desierto. Ese año se cerraron todas las escuelas, excepto las de técnica y las de adultos. Los alumnos de catorce años en adelante se enviaron al interior del país para que enseñaran a los nómadas a leer y a escribir en somalí. Se asignaron a miles de estos jóvenes a distintos lugares de la nación, y Haroon fue uno de éstos. El día que tuvo que ir a recibir los materiales necesarios, se adelantó hacia el oficial que le extendía un paquete.

—Buenos días —lo saludó.

—Tú los tengas buenos —fue la alegre respuesta—. Haroon, aquí tienes todo lo que vas a necesitar: una manta para las frías noches del desierto; una pizarra plegable que es también la caja para guardar el borrador, los lápices y las lapiceras; un libro de texto; y una planilla de asistencia. Vé en paz y que Dios te bendiga.

El muchacho empezó con gran confianza, pero se dio cuenta de que el jefe nómada no tenía interés en aprender nada de un jovencito de la ciudad que no sabía nada de camellos. Sólo los niños y algunas mujeres iban a veces a las clases.

Haroon extrañaba las comodidades de la casa de su padre, especialmente la abundancia de agua para bañarse. Además, quería conversar con alguien amigo, porque la mayoría de los hombres del lugar lo trataban con total indiferencia.

Justo cuando se sentía más decaído de ánimo se encontró con Osman, un ex compañero de escuela que estaba viajando con otro grupo de nómadas. Osman estaba eufórico de entusiasmo

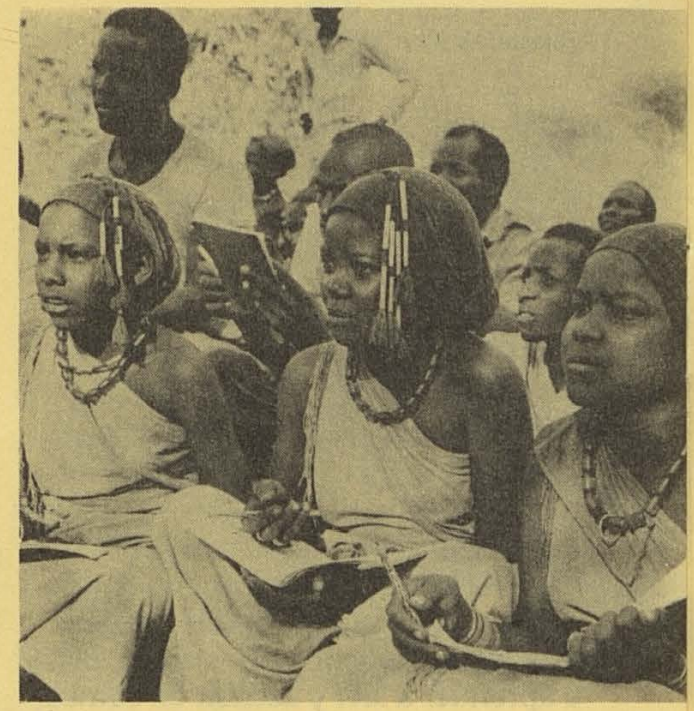
por la campaña de alfabetización y por todo lo que estaba aprendiendo de ellos.

—Imagínate que hasta ayudé a cargar los camellos para este viaje —dijo con una sonrisa de satisfacción—. Yo nunca había tocado un camello, ¿y sabes una cosa? —continuó, pasando la mano por el flanco del animal que tenía cerca—. Este animal hasta me obedece cuando después de haberle puesto la carga lo mando levantarse.

Cuando se fueron, Haroon se quedó reflexionando en las palabras de Osman y en la obvia satisfacción que éste sentía por su experiencia. *Creo que yo he estado pensando sólo en una parte del desafío que nos hizo el presidente y preocupándome tanto por lo que los nómadas deben aprender, que no pensé en aprender yo nada de ellos.* Suavemente repitió para sí las palabras del presidente: *"Si sabes, enseña; si no sabes, aprende."*

Esa noche se sentó cerca de los hombres que estaban alrededor de la hoguera. Se sentía cautivado por las historias que contaba el jefe Abdi acerca de los héroes somalíes del pasado. Poco antes de que lo venciera el sueño, pensó: *Debiera escribir esas historias en somalí.* Pero al día siguiente no hubo tiempo para las clases ni para escribir historias, porque la tribu tuvo que levantar el campamento para ir a otro lugar en donde hubiera pasto para los animales.

Haroon trató de ser útil ayudando en lo que podía, y cuando estuvieron



Jóvenes escuchando con atención una clase.

instalados en el nuevo lugar se sintió como si fuera casi una parte del grupo. Sin embargo, también se sentía enfermo, con fiebre. No se quejó, pero cuando el jefe Abdi supo de su enfermedad se preocupó y envió a un joven para que buscara una planta especial que ellos usaban para combatir la fiebre.

Y le dijo al joven:

—Quizás desees volver a tu casa. La vida en el desierto es muy dura.

Pero él había tomado la determinación de quedarse; ahora su ansia por aprender era tanta como la de enseñar.

Cuando se mejoró y el jefe vio que tenía el sincero deseo de aprender la forma de vida de los nómadas, se mostró más amigable, ordenando a su gente asistir a las clases.

A veces en la tarde, cuando los jóvenes se reunían a la sombra de las ramas extendidas de una acacia, hasta los camellos compartían el fresco. Aquel lugar era muy diferente del salón de clase en la ciudad en donde

Haroon había estudiado inglés. Allí la pizarra colgaba de un árbol, y el olor fuerte y acre de los camellos flotaba en el ambiente polvoriento.

Algunos de los nómadas eran alumnos sobresalientes y ayudaban a otros. Los niños pequeños cantaban el alfabeto cuando cuidaban las cabras, y escribían letras en la tierra mientras las cabras mordisqueaban todo lo que podían encontrar.

Una noche, cuando la luna llena iluminaba el campamento, Haroon leyó al grupo una historia que el jefe había contado unas semanas atrás. Los hombres quedaron maravillados al darse cuenta por primera vez de que esas marcas podían contarles una historia.

Cuando el joven terminó, el jefe Abdi se quedó pensando.

—Haroon, esto es bueno —le dijo—. Si escribimos nuestra historia, nuestros hijos no nos olvidarán. Yo también debo aprender a escribir.

El jefe Abdi se convirtió en un alumno diligente, y con su constante aliento, las otras personas del grupo comenzaron a ir a las clases con más regularidad.

Más tarde, en Mogadiscio, cuando Haroon y miles de muchachas y muchachos volvieron a la capital después de vivir ocho meses entre los nómadas, se llevó a cabo una gran celebración. La multitud llenaba las calles para darles la bienvenida y celebrar el cumplimiento de una fase más en la lucha contra el analfabetismo.

Las escuelas se abrieron y estos jóvenes volvieron a ser alumnos. Pero había una diferencia. Las experiencias en el desierto los habían cambiado y podían entender mejor algunos de los problemas que estaba enfrentando su país. Muchos tienen ahora un respeto creciente por las habilidades de los nómadas que pueden sobrevivir en el árido desierto; y más aprecio por la cultura nómada somalí de sus antepasados.

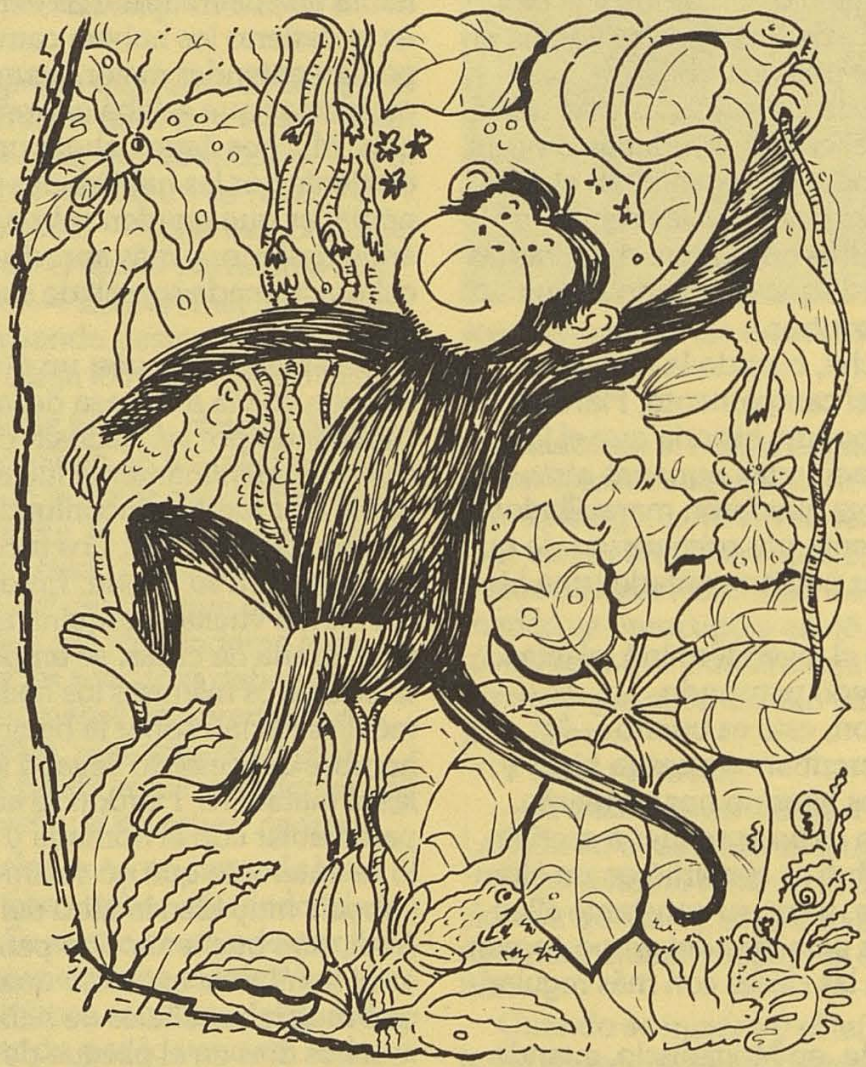
Seis meses después, un día en que Haroon volvía a su casa de la escuela, caminando por las ruidosas calles de la ciudad, repentinamente fue asaltado por el olor fuerte e inconfundible de un hato de camellos. Los recuerdos se agolparon en su mente. Entonces los vio dando vuelta la esquina al terminar la manzana de casas; se empujaban unos a otros mientras los taxis y automóviles hacían sonar la bocina. Un hombre del desierto llevaba los animales al matadero. Haroon se acercó para hablar con el nómada y al hacerlo se enteró de que no solamente conocía muy bien la tribu del jefe Abdi, sino que tenía algo para él.

El hombre le extendió una carta que mostraba señales de haber estado muchos días en el pliegue de un bolsillo. El joven la abrió y leyó los saludos que le mandaban muchos de los componentes de la tribu. La había escrito el mismo jefe Abdi y le agradecía por haberles enseñado a él y a su gente.

Haroon se sintió feliz de saber que Abdi también seguía las palabras del presidente: "Si sabes, enseña; si no sabes, aprende".

Monerías

por Roberta Fairall



Escondidos entre el follaje hay un loro, una salamandra, una banana, un caracol, un perezoso, una abeja, un oso hormiguero, una mariposa, un colibrí, una culebra, un sapo, y una punta de flecha. Trata de encontrarlos.

10; cursiva agregada.)

Es interesante notar que en tres versículos consecutivos el Señor nos dice que *abramos nuestra boca.*

No nos es siempre fácil hacer lo que nos dijo del evangelio en otra oportunidad: "Publícalo sobre las montañas y en todo lugar alto, y entre todo pueblo que te sea permitido ver." (D. y C. 19:29.) Muchos de nosotros somos tímidos, y el comenzar una conversación con un extraño puede resultarnos muy difícil. Sin embargo, si el mensaje ha de llevarse a "todo pueblo", ése sería uno de nuestros cometidos más importantes. Hasta pueden suceder milagros si tan sólo *abrimos nuestra boca.*

Pensemos en lo que podría pasar en los próximos veinte años si ayudáramos a una persona por año a encontrar la verdad y luego la instáramos a que hiciera lo mismo. El crecimiento de la Iglesia sería extraordinario.

Hace poco llegué a comprender hasta qué grado puede aumentar cualquier cifra que se duplique anualmente. Me encontraba visitando a un colega profesor de la Universidad Brigham Young, profesor de matemáticas y ex misionero, que ha hecho unos cálculos muy interesantes de cómo aumentaría el número de miembros de la Iglesia si el promedio de crecimiento de ésta continuara constantemente en los próximos veinte años. Dicho hermano me demostró que si el aumento de miembros en un país determinado continuara al mismo ritmo actual durante veinte años, para el año 2000 en ese país solamente habría más de tres millones de miembros.

Yo también hice unos cálculos por mi cuenta. Si sólo cien miembros de la Iglesia pudieran encontrar anualmente a una persona con quien compartir el evangelio y que, a su vez, esa persona lo diera a conocer a otra cada año sucesivo, dentro de veinte años la Iglesia contaría con más de cien millones de miembros nuevos. Ese es el resultado cuando el ritmo de crecimiento se acelera. Aun si *una sola persona* trajera a la Iglesia a otra cada año, y cada una de ésas fuera responsable de la conversión de una persona anualmente, a los veinte años habría 1.048.576 miembros nuevos.

Ahora puedo comprender mejor por qué opina el presidente Kimball que nosotros, los miembros de la Iglesia, no deberíamos conformarnos con pensar en cientos de miles de conversos en los años por venir, sino en que hay millones de personas que podrían conocer el evangelio y recibir sus bendiciones. Haríamos mucho bien con sólo hacer saber a las personas quiénes somos; y muy a menudo lo único que tenemos que hacer es *abrir nuestra boca.*

En el verano de 1969, mi esposa y yo asistimos a un espectáculo en Roma. Llegamos temprano y, sabiendo que luego tendríamos que estar sentados durante dos horas, nos quedamos de pie junto a nuestros asientos. Detrás de nosotros había cuatro mujeres, dos de las cuales eran monjas católicas, con quienes tuvimos una agradable conversación; eran sumamente simpáticas. En realidad, nunca he conocido una monja que no fuera encantadora. ¡Ojalá todas ellas integraran la Sociedad de Socorro!

Después continuamos conversando con las otras dos, que eran jóvenes estadounidenses, de paseo por Europa durante las vacaciones escolares. Les preguntamos qué pensaban hacer al regresar a los Estados Unidos, y una de ellas, de nombre Cathy, nos dijo que pensaba continuar sus estudios universitarios y que estaba considerando la posibilidad de asistir a la Universidad de Utah. Al oír esto le dije:

—Si va a Utah, llámenos por teléfono. Nos encantará que vaya a cenar con nosotros. Así podrá conocer a nuestra familia y también la llevaremos a mostrarle la ciudad y la universidad.

Francamente, debo confesar que había olvidado esta conversación cuando un día del mes de agosto Cathy me llamó por teléfono. Tal como le habíamos prometido, la invitamos a nuestra casa donde conoció al resto de la familia y cenó con nosotros; también la llevamos a pasear, y nos comunicó que estaba decidida a continuar sus estudios en la Universidad de Utah.

Al año siguiente, se nos llamó a presidir la misión en México, y el único contacto que mantuvimos con ella fue el fiel intercambio de tarjetas de Navidad. Unos tres años después, junto con el saludo navideño, había escrito lo siguiente:

"Estoy segura de que les interesarán los últimos acontecimientos de mi vida: Estoy enseñando danzas en la Universidad Brigham Young. En agosto fui bautizada en la Iglesia ¡y esto ha hecho que mi vida sea completamente diferente!"

Después de eso, se casó en el templo, y se encuentra en la actualidad dedicada a su familia y muy activa en la Iglesia.

Al llegar a México como presidente de misión, habían pasado casi veinte años desde que yo fuera misionero allí mismo. Me encontraba muy emocionado al volver a estar entre aquella gente a la que tanto quería, y deseaba con todo mi corazón poder visitar Cuernavaca, hermosa ciudad donde había servido durante la misión. Deseaba saber si las maravillosas personas que formaban parte de la rama en aquella época todavía estaban activas en la Iglesia; quería que conocieran a mi familia, y viceversa. Poco después de haber llegado a la misión, tuve la agradable sorpresa de enterarme de que se había planeado una conferencia de distrito en Cuernavaca. Nos propusimos llegar temprano, con tiempo suficiente para poder hablar con los miembros. ¡Qué experiencia conmovedora la de saludarnos con un cálido abrazo con aquellas personas que había conocido tantos años atrás!

Entre los que se acercaron a saludarme se encontraba una hermana que tendría unos setenta años, quien después de abrazarnos me dijo:

—¿Se acuerda de mí?

Para mi bochorno tuve que reconocer que no la recordaba y disculparme por ello.

—*Debería* de conocerme; usted me convirtió.

Entonces sí me sentí avergonzado, pues en mi época de misionero no teníamos tantos conversos como para poder olvidar a alguno; y yo estaba seguro de que los recordaba bien a todos. A continuación la hermana me dijo:

—¿No se acuerda de aquel día que viajamos juntos en el mismo autobús desde México a Cuernavaca?

¡Entonces recordé! Se me había pedido que llevara un mensaje de la oficina de la misión a los misioneros que se encontraban en Cuernavaca, y en el viaje me había sentado junto a aquella señora. Ella me preguntó qué estaba haciendo en México; hablamos un poco de la Iglesia, y yo le di una tarjeta con los Artículos de Fe. Ella, a su vez, me dio su nombre y dirección y me autorizó a que se lo entregara a los élderes que trabajaban en Cuernavaca. Tres meses después, fue bautizada en la Iglesia, junto con algunos de sus hijos. Con los años, fue llamada como presidenta de la Sociedad de Socorro de la rama, y durante todo ese tiempo se había mantenido siempre fiel a la Iglesia.

En una de las reuniones de distrito la invitamos a que expresara su testimonio, y entre otras cosas dijo:

—Si el primer día que me hablaron del evangelio me hubieran preguntado si quería recibir el bautismo, hubiera aceptado, porque en ese mismo momento supe que era verdadero.

Estas palabras nos despiertan a una realidad: Nosotros no convertimos a nadie, sino que la conversión se efectúa por la influencia del Espíritu Santo; y nunca sabemos cuándo va a testificar el Espíritu a aquellos a quienes hablamos del evangelio. Por lo tanto, tenemos la responsabilidad de crear el ambiente propicio para que esto suceda.

Poco después de regresar de la última misión, recibí una invitación para acompañar al élder Boyd K. Packer, del Consejo de los Doce, a México con el fin de llevar a cabo una encuesta sobre el Sistema Educacional de la Iglesia. Llegamos un jueves y estuvimos casi continuamente ocupados en reuniones el viernes y el sábado; luego, el élder Packer presidió en una conferencia de estaca. El domingo de noche estábamos todos muy cansados. Mi compañero de viaje regresó a los Estados Unidos, y yo me quedé para llevar a cabo el lunes una reunión con los supervisores de los seminarios e institutos de religión. Ese día, por la mañana, pagué la cuenta en el hotel y busqué un taxímetro que me llevara a las oficinas de la misión. Iba en mi asiento, distraídamente revisando unos papeles cuando, casualmente, mi mirada cayó sobre el taximetrista. Lo primero que pensé fue: *Estoy ocupado y sumamente cansado. Además, probablemente no esté interesado en el evangelio, de todos modos.* Pero estos justificativos no me dejaron satisfecho, particularmente al recordar mi conversación con el presidente Kimball y a la hermana con quien había viajado en autobús desde México a Cuernavaca. Finalmente, me incliné y le pregunté:

—Dígame, señor, ¿siempre ha vivido aquí, en México?

—No —me respondió—, soy de Oaxaca.*

—¿Y dónde le gusta más vivir, aquí o en su ciudad natal?

—Me gusta más Oaxaca, pero mi hijo mayor está estudiando ingeniería aquí, en el Instituto Politécnico, y piensa graduarse este año. El que le sigue también está estudiando ingeniería; se graduará el año que viene. Y mi hija mayor sigue la carrera de contaduría. Tengo ocho hijos.

Se podía notar que estaba muy orgulloso de todos ellos. A continuación, me preguntó a su vez:

—Y usted, ¿qué está haciendo aquí en México?

—He venido con una asignación especial de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Ultimos Días. ¿Ha oído hablar de nuestra religión?

Después de pensar un momento me contestó:

—No. ¿Es como la Iglesia Católica?

—En realidad, es bastante diferente. Nosotros creemos que cuando Jesús estuvo en la tierra organizó su Iglesia, exactamente como El quería que fuera; pero que, con el correr del tiempo, hubo una apostasía, es decir, que la Iglesia se apartó de las enseñanzas de Jesús. Luego llegó el momento, en nuestra época, en que el Señor consideró necesario volver a revelarse a los profetas y restaurar su Iglesia en la tierra.

Me llevó sólo unos cuarenta segundos darle esa sencilla explicación, y luego me recosté cómodamente en el asiento, satisfecho porque al menos

**Oaxaca —Pronúnciese* Oajaca

había "abierto la boca". Pero el asunto no era tan sencillo; el hombre disminuyó la velocidad y, mirándome por encima del hombro, me preguntó:

—¿Usted podría ir a mi casa y enseñarle a mi familia su religión?

—Me encantaría —le repliqué—, pero tengo que tomar un avión a las dos de la tarde y antes debo hacer una diligencia. Si usted tiene tres minutos disponibles cuando lleguemos a destino, le presentaré a un amigo que estoy seguro podrá hacer arreglos para que alguien los visite a usted y su familia y les hable de esta Iglesia.

—No hay problema. Soy dueño del taxi, así que no tengo que dar a nadie explicaciones de mi tiempo. Iré con usted.

Cuando llegamos a la oficina de la misión, ya había podido hablarle del programa misional y de la forma en que funciona. Al entrar, lo presenté al presidente Call, Presidente de la Misión, quien lo trató muy amablemente. Luego, mientras estaban ambos haciendo arreglos, el presidente Call exclamó al mirar por la ventana:

—¡Estos dos jóvenes que se acercan son justamente los misioneros que trabajan en su vecindario!

Así que allí mismo tuve el privilegio de estar presente cuando aquel hombre conoció a los misioneros e hizo con ellos los arreglos para que fueran el domingo siguiente a su casa para enseñar el mensaje del evangelio a toda la familia.

Unas semanas después, recibí del presidente una carta en la que me decía:

"Sé que estará interesado en saber lo que ha pasado con aquel taximetrista que me presentó cuando estuvo aquí. Los misioneros están llevando a cabo reuniones con él y su familia, y con un hermano y un cuñado, y sus respectivas familias; el domingo pasado, once de esas personas asistieron a la Iglesia. Los que se muestran más interesados son los dos hijos del taximetrista que están estudiando ingeniería."

Seis meses más tarde volví a la Ciudad de México para asistir a una conferencia de Jóvenes Adultos, y me enteré de que el taximetrista todavía no había aceptado la Iglesia, pero su hijo mayor había sido bautizado y ya era presbítero en el sacerdocio, y el otro que le seguía también había recibido el bautismo, y era maestro. Me gustaría saber qué ha pasado desde entonces con aquella familia.

Estoy convencido de que, si verdaderamente siguiéramos el consejo de los profetas, cada uno de nosotros sería misionero en toda oportunidad; y haríamos todo lo que estuviera a nuestro alcance por encontrar personas interesadas, a quienes los misioneros pudieran enseñar el evangelio. Además, alentaríamos a aquellos que ya lo hubieran aceptado y recibido sus bendiciones a que buscaran otros a quienes pudieran darlo a conocer. Si así lo hiciéramos, el número de miembros nuevos que tuviera la Iglesia anualmente no se limitaría a los cientos de miles, sino que se contaría en millones . . . y millones de millones.

El evangelio es el mensaje más valioso que podemos transmitir a cualquier persona. Y ¿no sería bueno que hiciéramos saber a nuestros hermanos quiénes somos?

El hermano Christensen es actualmente Presidente del Centro de Capacitación de Misioneros en Provo, Utah.

LA CARTA QUE CAMBIO UNA SITUACION

por Mary Johansen

Nunca carta alguna me había costado tanto trabajo escribir. Como ignoraba la forma en que sería acogida, me afané por buscar las palabras más apropiadas.

Habían transcurrido cinco años desde la última vez que me había puesto en comunicación con la madre de mi ex marido. Me había vuelto a casar y quería hacer llegar el afecto de mis cuatro niños a una de sus abuelas, que no los había visto ni había oído de ellos en todo ese tiempo.

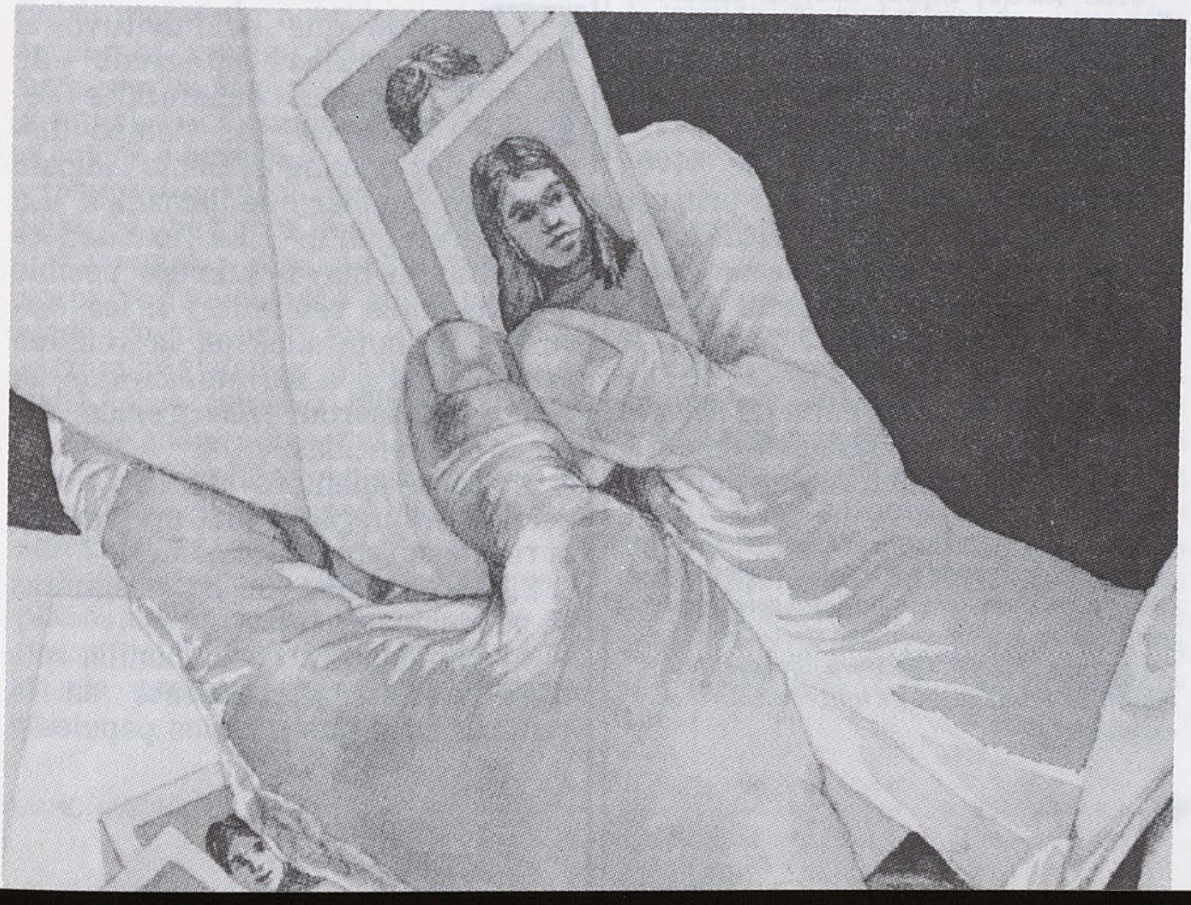
—Haz lo que te parezca —me había dicho mi marido, aun cuando la idea no le agradaba mucho.

—No revuelvas las cenizas, no sea que después te pese —me dijo mi madre.

Pero había otra cosa que me instaba: algo diferente que me decía: *Tienes que hacerle saber que sus únicos nietos están vivos, bien y felices.*

Por tanto, le escribí una carta proponiéndole que dejásemos de lado el pasado y hablásemos de futuros contactos con sus nietos y de amistad con nuestra familia. También le envié adjuntas fotografías de los niños.

La abuela June se encontraba internada en un hospital cuando la carta llegó a sus manos. Tras una intervención quirúrgica, le sobrevino una infección que había retardado su recuperación y la tenía sumida en una profunda depresión anímica. Ha-



bía tenido una vida desdichada, y lo cierto es que a nadie sorprendió que hubiera abandonado todo deseo de vivir; los días pasaban para ella en medio de la más completa apatía.

Bill, su marido, le llevaba la correspondencia que les llegaba, pero eso no la reanimaba. Unos días antes del Día de Acción de Gracias* fue un sacerdote a administrarle los últimos sacramentos por encontrarse cercana a la muerte. Las esperanzas de que se recuperara eran muy pocas.

Un día, en que como tantos otros, su marido le llevó la correspondencia, vio mi carta y le pidió que la abriera; al hacerlo, las fotografías de los niños se esparcieron sobre la cama, y ambos las tomaron con avidez para verlas. Bill las contempló y las besó una y otra vez. June se sentía demasiado débil como para hacer algo más que mirar aquel tesoro y sollozar.

Más tarde, aquel día, la enferma dijo a la sorprendida enfermera que la atendía:

—Tengo apetito; le ruego que me traiga algo para comer.

Con renovado anhelo de vivir, June se sentó en el lecho por primera vez en muchos días. No tardó en recobrarse lo suficiente como para dar contestación a mi carta. Me comunicó entonces cuánto regocijo le había causado leer acerca de los niños, cuán feliz se sentía de relegar al olvido conflictos pasados y lo entusiasmada que estaba ante la perspectiva de volver a ver a sus nietecitos.

Aquel verano fuimos a visitar a June y Bill, y todos juntos disfrutamos de la magnífica dádiva del amor y la gratitud. No puedo decir que mi carta le haya salvado la vida, pero sí sé que el Espíritu del Señor me inspiró e impulsó a escribirle; y me siento profundamente agradecida de que su Espíritu me hubiera instado a hacerlo, puesto que de otro modo no lo hubiera hecho nunca.

El último jueves de noviembre se lleva a cabo en los Estados Unidos esta celebración que tiene su origen en la que efectuaron los peregrinos protestantes para agradecer al Señor las bendiciones de una cosecha excelente.

UNA CAJA DE PREGUNTAS

por Nola Carlson

Desde que se instituyó el programa integrado de reuniones dominicales dejándonos más tiempo disponible los domingos, hemos ideado un juego familiar que llamamos "La caja de preguntas". La finalidad es contestar el mayor número posible de preguntas referentes a los discursos pronunciados en la reunión sacramental y a los himnos que en ella se cantaron. Las reglas del juego son sencillas:

1. Cada miembro de la familia escribe en un papel una pregunta y la respuesta correspondiente.
2. Los papeles con las preguntas se ponen en una caja.
3. El miembro de la familia que haya sido más reverente en la reunión es el que saca los papeles y

formula las preguntas. (Si el más reverente ha sido un niño pequeño, le ayuda un adulto.)

4. Para apuntar los tantos, se gana un punto por cada pregunta que se responda correctamente. Cuando las preguntas se repiten, se pide a uno de los niños más pequeños que las responda la segunda vez.

Parece algo muy simple; pero trate usted de recordar el título del primer himno o el nombre de una persona en particular que se haya mencionado en la primera oración. Y si se ha pedido el voto de sostenimiento para un nuevo oficial o maestro, ¿quién fue? ¿cuál es su nuevo cargo? Las preguntas que se hagan también podrían ser doctrinales y basarse en los datos aportados en los discursos de la reunión sacramental.

A las pocas semanas después de haber comenzado la práctica de este juego, la reverencia de nuestra familia en la reunión sacramental había mejorado notablemente, y no tardamos mucho más en adquirir una percepción más profunda del evangelio al escuchar con mayor atención e interés.

Pregunta: ¿Qué dijo el hermano Saldaño que necesita nuestro barrio?

Respuesta: Más miembros. (El hermano mencionado había pronunciado su discurso en una reunión sacramental dedicada a la obra misional.) Elsa, nuestra hija de quince años de edad, dijo:

—Sí, ésa es la respuesta, es cierto, pero . . . ¿qué estamos haciendo nosotros para lograr ese fin?

Y así fue que nos entusiasmamos y planeamos invitar a personas que no fueran miembros de la Iglesia a una charla especial que llevaríamos a cabo.

Pregunta: ¿Qué cantidad de alimentos debe tener almacenada una familia para sustentarse?

Respuesta: Por lo menos, el abastecimiento para un año.

Tras la respuesta anterior, nuestro hijo mayor inquirió:

—Papá, ¿y contamos nosotros con todo eso?

Y también esto dio pie a que pusiéramos manos a la obra, haciendo una evaluación de nuestras provisiones.

Pregunta: ¿Cuál fue la prueba más grande a que Alma tuvo que hacer frente?

Respuesta: Ayudar a su hijo que se había alejado del camino recto.

Con esa respuesta mi marido y yo intercambiamos una mirada especialmente significativa para los dos, recordando al punto las muchas veces que habíamos orado por nuestros hijos al esforzarse ellos por afianzar sus testimonios de la verdad. Y cuán vívidamente recuerdo lo sucedido instantes después cuando, inundándosele de lágrimas los ojos y dirigiendo la mirada a sus hermanos, uno de nuestros hijos varones dijo calmadamente:

—Eso fue lo que papá y mamá hicieron por mí.

Seguidamente, nos dio su testimonio, y todos sentimos que el corazón se nos henchía de gozo y emoción.

Una mayor y mejor reverencia, mayor conocimiento, más regocijo y más espiritualidad han sido, en suma, la recompensa de nuestras veladas de los domingos. Lo cierto es que todas las semanas esperamos anhelantemente la hora en que nos reuniremos junto a nuestra caja de preguntas a disfrutar una vez más del espíritu de la reunión sacramental.

LA POSICION D CON RESPECTO A

por Patricia T. Holland

(Compendio de un discurso pronunciado en la Conferencia para la Mujer en la Universidad Brigham Young, el 1° de febrero de 1980. Usado con permiso.)

En un discurso dirigido a las mujeres de la Iglesia, el presidente Spencer W. Kimball dijo:

"Como hijos espirituales Suyos que somos, todos gozamos de igualdad . . . Sin embargo, dentro de esa igualdad, nuestros papeles difieren." ("Vuestro papel como mujeres justas", *Liahona*, ene. de 1980, pág. 168.)

Personalmente, creo que todos tenemos una misión determinada que cumplir en esta tierra. Para ratificar esto, quisiera citar, permitiéndome mencionar a la mujer dentro del contexto original, los siguientes pasajes de Doctrina y Convenios:

"Porque para cada hombre", y mujer, "hay una hora señalada, de acuerdo con sus obras." (D. y C. 121:25.)

"Porque no a todos se da cada uno de los dones; pues hay muchos dones, y a todo hombre" y mujer "le es dado un don por el Espíritu de Dios.

A algunos les es dado uno y a otros otro, para que así todos se beneficien." (D. y C. 46:11-12.)

Creo que en concilios preterrenales hicimos promesas sagradas concernientes al papel que habíamos de desempeñar en la edificación del reino de Dios sobre la tierra, y que a la vez se nos prometieron los dones y los poderes necesarios para cumplir con esos deberes tan importantes. Quisiera citar otras palabras del presidente Kimball:

"Recordad que en el mundo preexistente, a las mujeres fieles se les dieron ciertas asignaciones, y a los hombres fieles se los preordenó para determinados deberes en el sacerdocio . . . Y todos somos responsables del cumplimiento de todo lo que se

N DE LA MUJER
O AL SACERDOCIO

esperaba de nosotros en aquella etapa, en la misma forma en que aquellos a quienes sostenemos como apóstoles y profetas son responsables del cumplimiento de sus obligaciones como tales." ("Vuestro papel como mujeres justas", *Liahona*, ene. de 1980, pág. 168.)

También creo que dichas asignaciones y deberes son tan diferentes de mujer a mujer como lo son de hombre a mujer.

Se nos ha enseñado a seguir el ejemplo de personas que nos sirven de modelo, lo cual está bien, pues conviene tener a quien admirar en esa forma; sin embargo, existe un enorme peligro en el deseo de llegar a ser demasiado igual a otra persona, ya que podríamos experimentar así sentimientos de rivalidad, y esto sería contraproducente. Ninguna persona es exactamente igual a otra. Algunas mujeres tienen la misión de cuidar de una familia numerosa; otras, de una pequeña; y otras, de ninguna. Muchas mujeres casadas ponen en ejercicio sus dones y talentos respaldando a su marido en sus labores como líderes de la comunidad, hombres de negocios, presidentes de estaca, obispos o Autoridades Generales, al mismo tiempo que se encargan de atender al progreso y desarrollo de sus hijos. Hay algunas que emplean sus dones y talentos en cargos que exigen capacidad directiva; y hay otras que se valen de sus talentos tanto para apoyar a sus maridos como para servir ellas mismas como líderes. Todas conocemos la gran diferencia que existió, por ejemplo, entre los deberes de Mary Fielding Smith (1801-1852, esposa de Hyrum Smith, madre de Joseph F. Smith, sexto Presidente de la Iglesia) y de Eliza R. Snow (1804-1887, poetisa y segunda Presidenta de la Sociedad de Socorro). Y, no obstante, ambas procuraron con afán hacer la voluntad del Señor, y aspiraron, asimismo, al matrimonio y a la vida familiar y dieron al reino todo lo que poseían.

Cabe decir, entonces, que nuestra responsabilidad mayor es la de vivir con tal rectitud que seamos dignas de conocer, paso a paso, la voluntad del Señor con respecto a nosotras, sin olvidar que siempre existe la probabilidad latente de que llegue el momento en que, arrastradas por las costumbres y la vanidad del mundo, nos sintamos inclinadas a hacer algo que no concuerde con los convenios que hicimos hace ya largo tiempo. Tenemos que estar dispuestas a vivir y a orar como lo hizo María, la madre de Jesús, cuando dijo al ángel que acababa de anunciarle la gran responsabilidad que debía asumir: "Hágase conmigo conforme a tu pala-

bra" (Lucas 1:38).

En lo que toca a la diversidad de nuestras respectivas misiones en la vida, quisiera mencionar algunos casos: La hermana Ardeth Kapp, ex consejera en la Presidencia General de las Mujeres Jóvenes, vive en la misma manzana donde yo vivo; y quienes la conocen saben de la forma especial en que ella ha aportado al reino de Dios. La hermana Kapp es una de las mujeres más puras de corazón, más dulces de carácter y más firmes en la fe que conozco; y su marido es un líder extraordinario como presidente de nuestra estaca. Los Kapp todavía no han sido bendecidos con hijos. Quisiera hablar de otros vecinos míos; ella es también una de las mujeres de mayor integridad de carácter, dulzura y fidelidad al Señor que he conocido, una mujer que ejerce una influencia poderosa en las personas que la conocen. Su marido, hombre de gran capacidad intelectual, es otra influencia benéfica de estabilidad e inspiración en nuestras vidas; este matrimonio ha sido bendecido con doce hijos.

Conozco mujeres viudas o divorciadas y otras que aún no han contraído matrimonio, que también laboran día a día en la edificación del reino y son una bendición para mí. Otros ejemplos de personas muy diferentes entre sí son la talentosa secretaria de mi marido, que bendice nuestra vida de un modo tanto personal como profesional, y la enfermera que hace poco me atendió tan solícitamente al sufrir yo de complicaciones graves tras una peligrosa intervención quirúrgica. Y así, la lista de mujeres ejemplares que han sido una bendición para mí y para la Iglesia es interminable. Lo que deseo poner de relieve es el hecho de que todas ellas son muy diferentes unas de otras y de las demás personas. Al presente, todas desempeñamos en la vida papeles diferentes, que acaso cambien en los años venideros. Lo importante es que todas debemos anhelar lo justo, hacer lo correcto y dar todo lo que poseemos al reino, con la única mira de glorificar a Dios y de cumplir con los convenios que hemos hecho.

Naturalmente, para lograrlo es indispensable que vivamos bajo la guía del Espíritu del Señor por medio de la oración, el estudio y la vida recta de manera que no perdamos la visión, no sea que fines más egoístas nublen nuestro horizonte y frustren el propósito del Señor para con nosotras, llevándonos a olvidarlo. Pienso que de suceder esto nos sentiríamos frustradas y desamparadas, pues no experimentaríamos ya la paz interior ni la seguridad que sólo podemos sentir cuando cumplimos con la misión que se nos ha encomendado. Sea cual sea nuestro papel, debemos procurar desempeñarlo viviendo con rectitud y siendo perceptivas a la revelación personal. No tenemos que confiar "en el brazo de la carne" (véase 2 Nefi 4:34), ni en filosofías de hombres ni de mujeres. Debemos contar con nuestro propio Liahona* personal. Y es eso precisamente lo que el Señor también espera de los poseedores del sacerdocio.

Sirva todo lo expuesto hasta aquí para poner de relieve que apreciamos las diferencias individuales, no sólo las de hombre a mujer sino las de mujer a mujer. Al tratar el asunto de la relación que existe entre la mujer con sus deberes especiales y el hombre con sus deberes del sacerdocio, me parece más eficaz hablar de obligaciones y de responsabilidades que de "derechos". Francamen-

**Liahona: esfera o brújula (véanse 1 Nefi 16:10, 26; 2 Nefi 5:12; Alma 37:38-42).*

te, me siento cansada de oír acerca de riñas en pro de derechos, de movimientos en pro de derechos, de desfiles en pro de derechos, sean éstos de hombres o de mujeres o de cualquier índole. Por eso, deseo hablar de obligaciones y, como punto de apoyo a mi opinión, quisiera citar las impresionantes palabras del escritor ruso, Alejandro Solzhenitsyn:

"Es hora de que el Occidente defienda no tanto los *derechos* como las *obligaciones* humanas." ("A World Split Apart", *National Review*, 7 de jul. de 1978, pág. 838; cursiva agregada.)

Creo que si cumplimos con nuestras responsabilidades, no tendremos que preocuparnos de nuestros derechos, ya sea para el hombre, o para la mujer.

Cuando mi marido cursaba estudios superiores para obtener su doctorado en la Universidad Yale, un vecino nuestro que se especializaba en psiquiatría me dijo un día que saltaba a la vista el cansancio que yo llevaba a cuestas. Por entonces, mi marido no sólo se esforzaba por finalizar en tres años los estudios que normalmente llevarían cuatro, sino que tenía un cargo en la presidencia de la estaca y, para ganar algún dinero extra, enseñaba dos clases de Instituto en la Universidad Yale y otra en el Amherst College, debiendo para esta última recorrer 145 kilómetros de ida y la misma distancia de vuelta una vez a la semana. Yo me encargaba de la crianza de nuestros dos hijos pequeños y trataba de acomodarme como podía a nuestro escaso presupuesto, a la vez que servía con afán en la Iglesia como presidenta de la Sociedad de Socorro. Recuerdo que el vecino aquel que he mencionado, preocupado por mí y con el sincero deseo de ayudarme, me dijo:

—Patricia, ¿por qué no hace usted

Lo importante es que todas debemos anhelar lo justo, hacer lo correcto y dar todo lo que poseemos al reino.

valer sus derechos y se olvida de todo esto?

En aquel tiempo yo sabía, por medio de la oración, que debía poner mis derechos, fueran éstos los que fuesen, en la perspectiva de mi obligación de procurar cumplir con los objetivos más importantes de mi vida. Ciertamente, nunca consideré que el título que obtuviese mi marido había de servirle sólo para el futuro de él, ni él pensó nunca que los hijos de ambos me pertenecieran sólo a mí. Entendíamos que lo compartíamos todo, y no desperdiciamos energía protestando por los derechos del uno o del otro. Aquellos días fueron intensos y difíciles, pero duraron sólo tres años. Y el resultado directo de mi función de entonces ha redundado en la bendición de que ahora cuente con tiempo, medios y magníficas oportunidades para dedicarme a cultivar muchos de mis intereses, así como de aplicar mis talentos, además de mi papel de esposa y madre. Aparte de todo eso, sé —y me agrada muchísimo saberlo— que mi deber y mi misión en la vida siempre incluirán la alegría particular de apoyar con afecto y prudencia a otras personas en el cumplimiento de sus asignaciones personales.

Si nuestro papel en la vida es el de prestar nuestra colaboración —papel que nos toca desempeñar a muchas mujeres— es preciso que estudiemos y nos preparemos lo suficien-

temente bien como para declarar de un modo claro y notorio al mundo que no nos justificamos por encargarnos de fortalecer el hogar y la familia, sino que más bien laboramos con resolución por alcanzar nuestras más elevadas aspiraciones en el aspecto personal, así como en el social y en el teológico.

Hace ya varios meses, mi marido y yo fuimos a Israel a un seminario para musulmanes, cristianos y judíos. Los participantes eran periodistas, ex embajadores, clérigos, rabinos, rectores de universidades y profesores. Durante el período de dos semanas que duró dicho seminario, prácticamente todos los concurrentes se interesaron en preguntarme acerca de la mujer mormona. Aun cuando muchas de las esposas de los participantes llevaban una vida similar a la mía dedicándose al hogar y a los hijos, las preguntas me las hicieron a mí.

No cabe duda de que las gentes que nos conozcan repararán en nosotras. Debemos ser una luz al mundo. Es nuestra responsabilidad estudiar, prepararnos y trabajar para poder enseñar manifiestamente la verdad sobre las cosas que son más importantes para nosotras, así como sobre nuestros privilegios como mujeres de la Iglesia.

A la luz de dichas obligaciones (en contraposición a los derechos) tomemos en cuenta la revelación que tanto hemos llegado a amar de las experiencias de José Smith en la cárcel de Liberty. ¿No os parece irónico que el escenario donde se hicieron valer tan pocos derechos, donde hubo tan poca libertad y donde se hizo tan grande abuso de autoridad haya sido el mismo lugar donde se manifestó una revelación tan profunda sobre los derechos, la libertad y el uso de la autoridad? Supongo que es precisamente en medio de tales circunstancias cuando el Señor cuenta con toda nuestra atención y se vale de nuestro dolor (en este caso, del de José Smith) como medio para comunicarnos las instrucciones más significativas. Estas, a las cuales me he referido, se encuentran en la sección 121 de Doctrina y Convenios (véase D. y C. 121:34-37, 39, 41-42, 45-46).

Es importante reparar en que al hablar el Señor al profeta José acerca de los derechos, se los comunicara, corroborara y los acompañara de toda suerte de instrucciones referentes a obligaciones y responsabilidades. Los privilegios del sacerdocio no están aislados de los deberes, como tampoco lo están los privilegios de la mujer. ¿Por qué son tan pocos los escogidos después de haber sido tantos los llamados?

"Porque a tal grado han puesto su corazón en las cosas de este mundo, y aspiran tanto a los honores de los hombres." (D. y C. 121:34-35.)

Este mundo no es nuestra última morada; y si bien tenemos que vivir aquí, y de un modo constructivo, en realidad —en nuestra calidad de cristianos— no somos nunca de este mundo, ni buscamos su alabanza. Cito nuevamente palabras del presidente Kimball:

"Entre aquellas que son verdaderas heroínas y que se unirán a la Iglesia están las mujeres a quienes les interesa más lograr la rectitud que satisfacer sus deseos egoístas. Estas son las que tienen verdadera humildad, la cual hace que valoren más la integridad que el aspecto exterior de las personas.

Los grandes hombres y las grandes mujeres siempre tendrán mayor interés en servir que en dominar." ("Vuestro papel como mujeres justas", *Liahona* de ene. de 1980.)

No, este mundo no es nuestra morada permanente. No debemos poner demasiado el corazón en las

cosas de esta tierra ni aspirar a los honores de los hombres más que al honor del Altísimo; esto es, no debemos hacerlo si creemos que el reino de Dios, o La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Ultimos Días, como ahora lo conocemos, sigue extendiéndose bajo la mano de Dios para que venga el reino de los cielos (véase D. y C. 65:6). Nada debe desviarnos de esa creencia ni de esa misión, ni entorpecer nuestra comprensión de la realidad del regreso triunfante del Príncipe de Paz a la tierra. Debemos tener presente una lección importante:

"Que los derechos del sacerdocio", de los cuales la mujer participa, "están inseparablemente unidos a los poderes del cielo, y que éstos no pueden ser gobernados ni manejados sino conforme a los principios de justicia." (D. y C. 121:36.)

Es interesante ver que los derechos, dentro del contexto en que los menciona el Señor, nada dicen de hombre o de mujer; aun cuando el versículo habla del sacerdocio, de cierto todos los derechos y poderes de la mujer se basan exactamente en la misma premisa. Esa es la pauta que rige para todos, hombres y mujeres, negros o blancos, esclavos o libres (véase 2 Nefi 26:33). Puede ser, entonces, que si guardamos los mandamientos —mandamientos comunes a todos— llegue el día cuando en recompensa eterna, Dios diga a todos, hombres y mujeres: "Bien, buen siervo y fiel; sobre poco has sido fiel, sobre mucho te pondré" (Mateo 25:21).

Creo que si cumplimos con nuestras responsabilidades, no tendremos que preocuparnos de nuestros derechos, ya sea para el hombre o para la mujer.

Cuando el Señor habla de rectitud, no se dirige ni al hombre ni a la mujer por separado, por lo cual me pregunto por qué razón hombres y mujeres Santos de los Ultimos Días desperdician tantas energías en discutir sobre temas relacionados con la mujer y el sacerdocio.

A tal interrogante me respondo: Pienso que cuando se suscita un conflicto de esa índole, ello se debe a que alguien relacionado con dicho conflicto, sea hombre o mujer, no vive el Evangelio de Jesucristo. Con esto no quiero decir que la persona que tenga esa inquietud sea necesariamente la que no esté viviendo el evangelio. Pero, en ese caso, es seguro que ha habido alguien que no ha mantenido su palabra, alguien que no ha cumplido con sus obligaciones, lo cual ha inferido una ofensa. De este modo, podemos ver que todos, hombres y mujeres, tenemos la responsabilidad de vivir como lo dicta el evangelio y conforme a lo que se prescribe explícitamente en la sección 121 de Doctrina y Convenios. Con ese tipo de tratamiento afectuoso entre hombres y mujeres, y con todas esas promesas, el dolor y la desesperación y las frustraciones de este mundo se disiparían. Creo en esto con todas las fuerzas de mi alma. Las respuestas a nuestros conflictos son las respuestas que da el evangelio (las del sacerdocio), que son universales, sin dimes y diretes entre hombres y mujeres; son promesas a los fieles. Prestad particular atención a los versículos 45 y 46.

Si prestamos oídos con mucha frecuencia a las voces del mundo, nos sentiremos confundidas y nos contaminaremos. Debemos cimentarnos en los valores espirituales.

Para terminar, me gustaría presentar el ejemplo concreto de una persona que no es miembro de nuestra Iglesia, el cual me fue relatado por el hermano Dallin H. Oaks, ex rector de la Universidad Brigham Young. El me contó del caso de una mujer notable que ejemplifica lo que quiero decir con respecto a las decisiones que tomamos en la vida, y a nuestras obligaciones. El hermano Oaks, en su calidad de profesor de derecho, tenía estrecho contacto con el juez Lewis M. Powell, quien actualmente es miembro de la Corte Suprema de los Estados Unidos. La hija de dicho señor, tras graduarse, en derecho, al igual que su padre, inició su carrera de leyes con un éxito extraordinario y contrajo matrimonio casi simultáneamente. Pasado algún tiempo tuvo su primer hijo; sucedió que en el transcurso de los meses, al visitar el hermano Oaks a los mencionados amigos, tuvo la agradable sorpresa de encontrar a esa madre en su casa dedicada por entero a la crianza de su bebé. Cuando se le habló de ello, la joven replicó:

—Es probable que vuelva a ejercer la abogacía alguna vez, pero no ahora. *Para mí, la solución del problema fue algo sencillo:* Cualquier otro abogado puede encargarse de mis clientes, pero sólo yo puedo brindar a mi hijo los cuidados maternales que necesita.

¡Qué respuesta tan categórica a un problema tan discutible para tanta gente y que ella calificó de sencillo! Y evidentemente fue sencillo para ella porque lo abordó, no en base al criterio de cuáles eran sus derechos, sino primero y ante todo, en base a sus responsabilidades. Estimo que el tomar esa decisión no hubiera sido tan sencillo para ella de haber sido su actitud: "Pero, es que se trata de mi carrera", o "Es *mi* vida". Pero brindó prioridad a sus obligaciones y no hubo ya nada más que discutir.

Puesto que contamos con la libertad de escoger que el Señor nos ha dado, considero que, como mujeres Santos de los Ultimos Días, el detalle de mayor importancia que debemos comprender con claridad es que las mujeres no tenemos que sentirnos obligadas a tomar decisiones rectas, sino llegar a sentir el deseo vehemente de tomarlas por nuestra propia y libre elección. Parte de la angustia y del desaliento que muchas mujeres experimentan provienen del mero hecho de que se sienten compelidas, obligadas a tomar ciertas decisiones. Por tanto, es indispensable que procuremos con toda diligencia y oración encontrar la luz que animará nuestro corazón e iluminará nuestra mente, llevándonos a *anhelar* los efectos de las decisiones correctas. Debemos orar para ver como Dios ve, para cambiar el color del cristal con que miramos las cosas, de manera que podamos verlas en la perspectiva de la eternidad y no sólo en la del estado terrenal en que nos encontramos. Si prestamos oídos con mucha frecuencia a las voces del mundo, nos sentiremos confundidas y nos contaminaremos. Debemos cimentarnos en las cosas espirituales, para lo cual es indispensable que estemos siempre alerta.

UN TESTIMONIO DE LA ORACION

por Susan Tanner Holmes

Llegué a apreciar de un modo más profundo el poder de las enseñanzas de una madre, en una reunión sacramental que no olvidaré. En esa ocasión dirigió la palabra el joven Clint Jordan, que acababa de terminar la misión; desde luego, comenzó hablándonos del campo misional y de la variedad de experiencias que pasó en su tarea de predicar el evangelio. De pronto, algo avivó mi interés cuando dijo:

"De hecho, yo no habría vivido ninguna de estas experiencias si mi madre no me hubiera enseñado el verdadero valor de la oración. Todavía resuenan en mis oídos sus palabras cuando me decía una y otra vez: 'Clint, no tienes porqué temer. Cuando estés solo y comiences a sentir miedo, recuerda que nuestro Padre Celestial siempre está contigo'."

Luego, el muchacho continuó diciendo que en innumerables ocasiones durante su vida había logrado hallar consuelo y fortaleza gracias a esas palabras. Pero la primera experiencia que relató, tocante a la forma en que fue contestada su oración en una circunstancia difícil vivida en los años de su infancia, destacó la importancia de enseñar a los hijos de pequeños.

Cuando contaba con seis años de edad, tenía Clint la tarea de ir todos los días al romper el alba hasta el pastizal, distante algo más de tres kilómetros, en busca de las vacas para ordeñarlas. Por el camino, acostumbraba observar con interés los primeros rayos del sol que iban tiñendo las nubes de tonos dorados y anaranjados para luego filtrarse entre ellas, y gustaba asimismo de admirar las gotitas de rocío que centelleaban en las hojas de los altos girasoles.

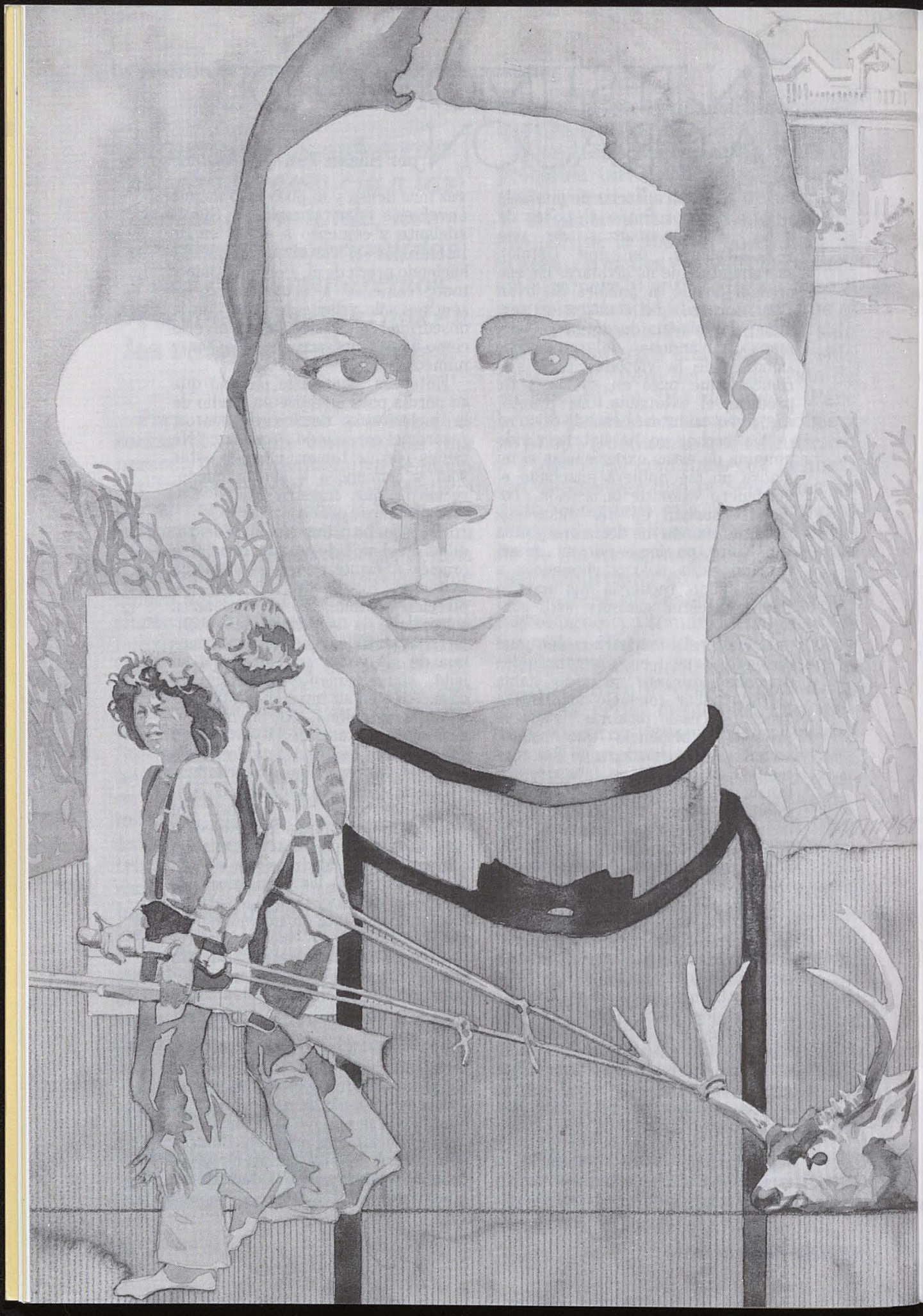
Una mañana en particular, las cosas fueron diferentes. Aún no se asomaba el sol tras las montañas, y había neblina a ras del suelo; a medida que el niño avanzaba camino al pastizal, la niebla se tornaba cada vez más densa y al poco rato llegó a envolverlo por completo. Siguió adelante y comenzó a silbar en un intento por sofocar el pánico que iba haciendo presa de él. Pero silbando y todo, comenzó a estremecerse al sentirse solo y lleno de miedo en la obscuridad que parecía envolverlo como una gigantesca manta opaca y húmeda.

Entonces, cuando le pareció que se perdía para siempre en medio de la inclemencia de los elementos, recordó el consejo de su madre: "No tienes porqué temer. Cuando estés solo y comiences a sentir miedo, recuerda que nuestro Padre Celestial siempre está contigo."

El pequeño Clint se puso de rodillas en el mojado pasto y elevó una oración a Aquel que él sabía podía ayudarle. Su fe de niño no fue ofrecida en vano. Cuando comenzó a sentir que la serenidad le reconfortaba, abrió los ojos y vio entonces una de las vacas que pasaba a su lado, supuestamente camino a la casa. Algo en su interior le dijo que siguiera al animal. Así lo hizo, y, asiéndose a la cola de la vaca, llegó sano y salvo hasta el establo donde su padre se preparaba para ordeñar.

Ahora, Clint, de pie ante la congregación, todo un hombre de veintiún años, expresó lo agradecido que se sentía por las vivencias y enseñanzas de los días de su infancia. Dijo que los recuerdos que atesoraba de aquel tiempo le servían para salir adelante en sus momentos de tribulación e incertidumbre; añadió que tenía un firme testimonio del poder de la oración, un testimonio cuyos cimientos había edificado con las enseñanzas de su madre.

Al reunir a mis hijos una vez terminada la reunión, todavía sentía el poder del testimonio de aquel joven. El ejemplo de una madre y el ejemplo de su hijo me hicieron tomar una resolución más firme en cuanto a inculcar esa misma comprensión de la oración en el corazón de mis pequeños hijos.



LA FE DE CATHERINE

por Clifford J. y Marsha Romney Stratton

Corría el año 1888, y en ese invierno en Colonia Juárez, México, la familia Romney estaba a punto de perecer de hambre. Miles, esposo de Catherine, se había ausentado de la casa hacía ya varios meses con la esperanza de encontrar algún trabajo aunque fuera lejos de allí; y, a pesar del cuidado y ahorro de Catherine, ya casi no les quedaban alimentos. Después de orar al respecto, ella consideró las posibilidades que tenían; llamó a sus hijos, Thomas de doce años y George de catorce, y les pidió que salieran y trataran de cazar algún animal. Ninguno de los niños había disparado un rifle en su vida, y enviarlos a la soledad de las montañas representaba un peligro; pero el hambre era una realidad. Tomaron el rifle Winchester 44 de la familia y muy entusiasmados se dirigieron hacia un pequeño río.

Luego de haber caminado cerca de un kilómetro y medio bordeando el río, vieron repentinamente un ciervo parado en la otra orilla, como a setenta metros de distancia. Nervioso, George apuntó y disparó. El ciervo giró la cabeza curiosamente para observarlos, aparentemente sorprendido por el ruido. El segundo tiro le dio exactamente entre los dos ojos, aun cuando el chico había apuntado al cuerpo del animal.

Luego del entusiasmo lógico, se dieron cuenta de que no tenían cuchillo ni forma de transportarlo hasta su casa. George corrió hasta la casa en busca del cuchillo, mientras Thomas se quedaba haciendo guardia, tarea poco fácil ya que estaba descalzo y tenía que correr o caminar constantemente para que no se le congelaran los pies.

Nevaba cuando el jovencito regresó en compañía de sus dos hermanos menores, de diez y doce años, también descalzos. Los cuatro no eran lo suficientemente fuertes para partir el animal, así que empezaron a arrastrarlo en dirección a su casa, que quedaba a seis kilómetros de distancia. Tenían que descansar después de avanzar sólo unos pocos metros, y aun con la ayuda de Catherine, quien se les unió más

tarde, avanzaban muy poco. Se sintieron realmente agradecidos cuando vieron al hermano Helaman Pratt, que iba tirando de una mula. Había escuchado el disparo e iba para ayudarlos.

Esa noche, durante la cena, se dieron un festín con la carne más exquisita que jamás habían comido.

Esta historia, que siempre gustó mucho a la familia, se contaba a los hijos y a los nietos; entre éstos últimos estaba Camilla Eyring, quien algún día llegaría a ser la esposa de Spencer W. Kimball.

Pero cuando se hablaba de Catherine, se contaban muchas otras historias. Nació el 7 de enero de 1855, dieciséis meses después que sus padres, que eran pioneros, llegaran al Valle del Gran Lago Salado. Tenía siete años cuando su familia fue llamada a establecerse en Saint George, en el sur de Utah. Catherine recordaba esa primera Navidad en su nuevo hogar. En su media encontró unos pocos caramelos de melaza, algunas pasas de uva y una tajada de una manzana que su madre había llevado desde Salt Lake City. Su padre talló trece muñecas y un vecino que tenía muchos talentos artísticos les pintó el pelo y la cara. Aquella Navidad ella y otras doce niñas de la comunidad recibieron esas muñecas de regalo.

Cuando cumplió los diecinueve años, se casó con uno de los colonizadores del sur de Utah, Miles Park Romney, en la Endowment House (Casa para Investiduras), en Salt Lake City. A ella se le recordaba como una chica hermosa y callada, de mejillas sonrosadas, ojos obscuros y pelo negro y sedoso que le llegaba a la cintura cuando lo llevaba suelto. También se le conocía por tener un "perfecto control de su temperamento". Catherine y Miles tuvieron nueve hijos.

La fe que ella tenía era fuerte y tuvo muchas oportunidades de ejercerla. En cierta ocasión en que Miles estaba fuera del hogar, el pequeño Junius, de tres años, su tercer hijo, sufría tan terriblemente por una infección en un oído que la madre temió por su vida. Desesperadamente oró en busca de ayuda y se sintió inspirada a pedir una bendición especial del patriarca. Abrigando al niño, corrió a casa del patriarca de la estaca, quien, mediante una bendición, le prometió que si su fe era suficientemente fuerte, el oído de su hijo no le molestaría más, y además le prometió que él llegaría a ser un gran líder en la Iglesia. Mientras el patriarca hablaba, el niño dejó de llorar y cayó en un profundo sueño por primera vez en semanas. Con los años, éste formó su hogar y su familia fue bendecida con seis hijos; y antes de cumplir los treinta años llegó a ser Presidente de la Estaca Colonia Juárez, en Chihuahua, México.

En otra ocasión, uno de sus hijos se cayó de una carreta, y el aro de acero de una de las ruedas le rozó la cabeza cortándole una oreja. Catherine le puso la oreja de nuevo y se la apretó con un gorro hecho de un calcetín, con lo que sanó perfectamente. Cuando el niño creció, nadie podía distinguir cuál era la oreja accidentada.

En el año 1881, la familia Romney fue llamada a Arizona, que en esa época era especialmente una región muy agitada por las persecuciones en contra de los Santos de los Ultimos Días. Al poco tiempo de haber llegado ellos allí, un miembro de la Iglesia, Nathan Cram Tenney,

recibió un balazo que le causó la muerte al tratar de detener un tiroteo entre dos bandas de malhechores.

La familia Romney sufrió una persecución más intensa dado que Miles era un elocuente y valiente periodista. Una tarde dos maleantes golpearon a Miles, dejándolo sin sentido y obligando a los pequeños hijos a caminar varios kilómetros en busca de ayuda. Hubo una pandilla de Saint Johns, Arizona, que ofreció varios miles de dólares en recompensa por su captura, vivo o muerto. En otra oportunidad unos pandilleros dispararon contra la casa mientras Catherine escondía a sus hijos entre un sofá y la pared.

Finalmente, Miles viajó a Salt Lake City para informar de la situación al presidente Brigham Young, quien envió a otras familias mormonas a Saint Johns, lo que ayudó a equilibrar las fuerzas entre los miembros de la Iglesia y aquellos que los perseguían.

Aun así, continuaron persiguiendo a la familia, y finalmente, el élder John Taylor, del Quórum de los Doce, le aconsejó a Miles que se fuera a México. Mientras construía una casa para la familia en ese país, Catherine y los niños regresaron a Saint George, donde vivieron los dos años siguientes con la familia de ella. Allí conocieron al presidente Wilford Woodruff cuando éste se refugió en casa de los padres de Catherine huyendo de la persecución.

Finalmente, viajaron a México por tren, pero durante la jornada varios de los hijos se enfermaron con escarlatina, y uno de ellos, Claude, murió de pulmonía poco después de llegar a Colonia Juárez.

Su primer hogar en México fue una modesta casa excavada en el barranco de un río. Catherine satisfacía su amor por la belleza haciendo largas caminatas por las orillas del río en busca de flores silvestres, y tejiendo canastos. Los niños solían cantar con sus padres al atardecer; su madre tenía una hermosa voz de soprano. También jugaban, bailaban, hacían caramelos, contaban historias, visitaban a los vecinos y efectuaban almuerzos campestres.

En 1902, Miles sufrió un paro cardíaco, y aun cuando no murió en esa ocasión, falleció dos años más tarde, víctima de un segundo ataque. Una de las hijas, Lula, recuerda que en ese año celebraron la Navidad muy modestamente, aunque recibieron algunas chucherías. Ella relata:

"Temo que mostré mi desilusión cuando mi madre me pidió que tan pronto terminara mi desayuno, hiciera un mandado para ella. No quería ir, pues tenía que recorrer una gran distancia hasta llegar al otro lado de la línea del ferrocarril, donde vivía una pareja de ancianos a quienes yo ni siquiera conocía; y además tenía que tirar del pequeño carretón en el que llevábamos a mi hermanito lisiado a la Escuela Dominical. Observé a mi madre mien tras ponía dentro del carretón una frazada, una almohada y parte de nuestra comida de Navidad: pavo, papas, verduras, pastelillos, mantequilla, etc.

—Lo único que tienes que hacer es decir 'Feliz Navidad' —me dijo mi madre—. Luego puedes regresar a casa y jugar.

No fue difícil encontrar el lugar, una pequeña choza de barro, solitaria en el campo. Cuando llamé, una anciana me abrió la puerta.

—Feliz Navidad —le dije.

—Eres como un angelito de Navidad —me dijo, mientras me besaba en la mejilla.

El piso de la choza estaba al mismo nivel del terreno, así es que tiró del carretón y lo metió dentro de la casa para descargarlo. Junto a la chimenea se veía un anciano de blanca barba con la vista fija en el fuego.

—Mira lo que nos ha mandado el Señor, Juan —dijo la anciana.

Pensé que era extraño que dijera eso, ya que yo sabía que era mi madre quien había enviado esas cosas y no el Señor. El anciano no contestó ni miró siquiera, por lo que comprendí que era sordo. Las sobras de un pobre desayuno aún permanecían sobre la mesa. Apuntando hacia éstas, la señora me dijo:

—¿Ves? Eso es todo lo que habríamos tenido para la cena si tú no te hubieras ocupado de traernos todo esto.

Al salir de aquel hogar, después que la viejecita me había besado nuevamente, pude sentir en todo mi cuerpo un sentimiento de paz y dulzura. ¡Cuán agradecida me sentía de que mi madre me hubiera mandado a evitar que esos ancianos pasaran hambre en Navidad! Me fui saltando casi todo el camino de regreso a casa, y estoy segura de que jamás gocé más de una cena de Navidad como aquella noche."

Durante la Revolución Mexicana, Catherine se vio obligada a abandonar su hogar sólo quince minutos después que le avisaron que tenía que huir. Enterró sus artículos de plata y la loza y dejó un pan en el horno y un pollo friéndose sobre el fuego. Llevando consigo sólo un poco de ropa de cama y un baúl con lo más necesario, cerró silenciosamente la puerta de su casa. Esta era la cuarta vez que la familia era arrojada de su hogar por causa de sus creencias religiosas. Mientras se alejaban, dos de sus hijas se pararon en la carreta y empezaron a cantar "Bendiciones, cuenta y verás . . ." ("Cuando te abrumen penas y dolor", *Himnos*, 236.) Lula recuerda haber visto a su madre, con lágrimas corriéndole por las mejillas, dar una última mirada a la tumba de su esposo, y luego sonreír a sus hijos.

Catherine trabajó en el Templo de Saint George, en Utah, hasta que se enfermó gravemente. En esa oportunidad llamó a todos sus hijos que vivían cerca y les pidió que se arrodillaran alrededor de su cama y oraran para que sanara o que se le permitiera reunirse con su esposo e hijo al otro lado del velo. Poco después, falleció serenamente, el día 6 de enero de 1918.

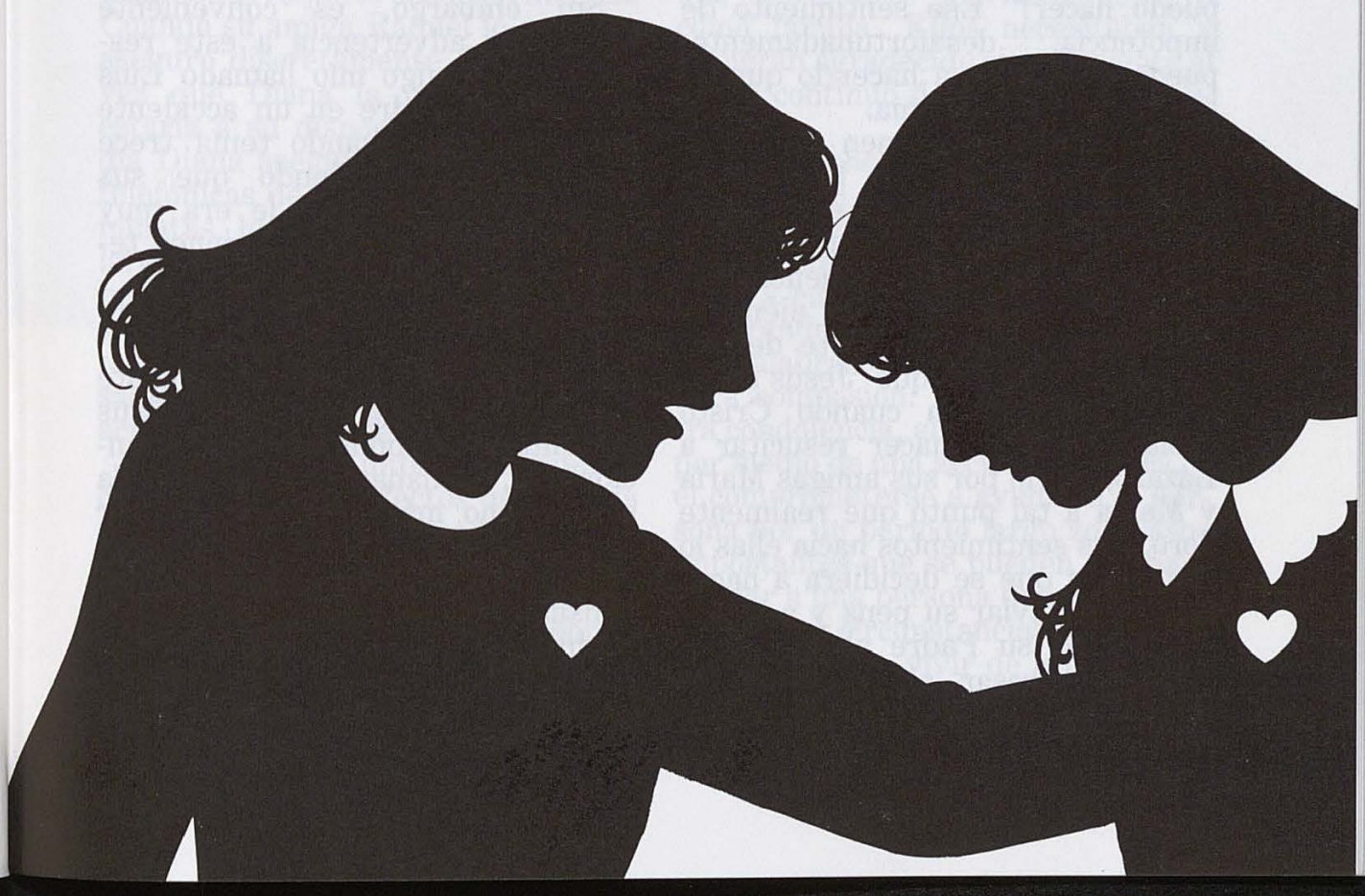
La más pobre de las casuchas en la cual prevalezca el amor de una familia unida es de mucho mayor importancia y valor para Dios y la humanidad futura, que cualquier otra clase de riqueza. En un hogar así Dios puede obrar milagros, y sin duda alguna los efectúa. Los corazones puros en un hogar puro irradian siempre el espíritu de los cielos.

Presidente David O. McKay

CUANDO SE NECESITAN LOS AMIGOS

por Ann Edwards-Cannon

Al principio del año escolar, cuando yo tenía catorce años de edad, una de mis mejores amigas perdió a su hermana menor, quien padecía de leucemia. El día que supe la noticia, vi desde lejos a mi amiga en la parada del autobús, algo separada de los demás. Pude ver claramente el dolor reflejado en su rostro y quería hacer algo para consolarla, pero la situación me hizo sentir timidez. Aun cuando había conocido a esa chica por años, no sabía qué decirle o qué hacer; así es que la evité. Algún tiempo después,



cuando ya había pasado la impresión causada por el fallecimiento de su hermana, mi amiga me dijo:

—Siempre he pensado que fue muy extraño que ni tú ni mis demás amigas me hubieran dicho nada con respecto al fallecimiento de Marta.

Cuando nuestro Padre Celestial nos preparó para venir a una vida mortal, sabía, por supuesto, que algún día experimentaríamos pesares tales como los cambios dolorosos, las enfermedades y la muerte. No podemos evitarlos. Quizás tan difícil como enfrentarlos nosotros mismos sea el ver a nuestros amigos tratar de salir adelante con ellos. Si vemos a un amigo tratando de enfrentarse con los efectos producidos por una tragedia personal, a menudo nos sentimos impotentes. En esas circunstancias quizás nos preguntemos: "¿Qué puedo decir? ¿qué puedo hacer?" Ese sentimiento de impotencia, desafortunadamente, puede inducirnos a hacer lo que yo hice: evitar el problema.

Las Escrituras ponen de manifiesto lo que debemos hacer. Por medio de la palabra y el ejemplo, el Salvador nos indicó que no debemos ser negligentes ante aquellos que sufren. Recordemos, por ejemplo, su reacción ante la muerte de Lázaro. Juan nos dice que "Jesús lloró" (Juan 11:35). Aun cuando Cristo sabía que podía hacer resucitar a Lázaro, sufrió por sus amigas María y Marta a tal punto que realmente lloró. Sus sentimientos hacia ellas lo instaron a que se decidiera a hacer algo para aliviar su pena y a la vez glorificar a su Padre al mandar a Lázaro regresar al reino de los vivos.

Quizás nosotros no podamos hacer milagros como los hacía Jesucristo, pero sí podemos seguir su ejemplo en cuanto a nuestra preocupación por los demás. ¿Qué podemos hacer, entonces, ante el sufrimiento de un amigo? Puede que una de las cosas más difíciles sea hacerle saber verbalmente a un amigo que tenemos conocimiento de su problema. Mi amiga me recalcó:

—Si alguna de ustedes se hubiera acercado a decirme tan sólo "lo siento", ambas nos habríamos sentido más cómodas, y la situación habría sido más fácil.

Es sumamente importante que no permitamos que la tragedia ponga una barrera a la comunicación; escuchar palabras de consuelo puede ser exactamente lo que un amigo que está experimentando dolor espera de nosotros.

Sin embargo, es conveniente hacer una advertencia a este respecto. Un amigo mío llamado Luis perdió a su padre en un accidente automovilístico cuando tenía trece años. Aun entendiendo que sus amigos eran sinceros, le era muy difícil escuchar decir a quienes tenían a sus padres vivos:

—Sé *exactamente* cómo te sientes.

La verdad es que probablemente no lo supieran, y lógicamente, sus comentarios, aunque muy bien intencionados, sonaban falsos. Habría sido mucho más conveniente decir "lo siento". Más aún, Luis se sentía agobiado ante aquellas personas que pensaban que era su deber hacerlo "hablar sobre el asunto" cada vez que conversaban con él. Prefería él mismo hablar de su pérdida cuando

sentía el interés de sus amigos por él, y experimentaba consuelo por sus expresiones simples y sinceras.

Tan importante como reconocer la situación es entender que no bastan solamente las palabras. Podemos ser muy sinceros al decir: "Si hay algo que yo pueda hacer, dímelo", pero la mayoría de las personas vacilarán antes de pedirnos algo por temor a hacernos perder tiempo. ¡Cuánto mejor sería que tomáramos nosotros mismos la iniciativa y realmente hiciéramos algo por un amigo sin que se nos lo solicitara!

Tengo conocimiento de una chica llamada Diana que siempre va a agradecer lo que una buena amiga hizo por ella, sin que se lo pidiera, durante un período crítico de su vida. Cuando Diana tenía 17 años, sufrió una depresión extrema y crónica. Su condición fue tan severa que finalmente requirió atención médica. Cuando su amiga Raquel lo supo, se aseguró discretamente de que cada vez que Diana la necesitara, ella estaría a su disposición. Hasta hoy día Diana asegura que las llamadas telefónicas de Raquel, las largas caminatas, los partidos de tenis, y las largas conversaciones que tenían sobre variados temas, incluyendo el de su enfermedad, fueron parte importante de la recuperación total de su salud y de que ella volviera a sus actividades normales.

Finalmente, es importante que recordemos que los efectos de muchas tragedias personales pueden permanecer largo tiempo. Los sentimientos de tristeza y dolor no desaparecen rápidamente, sino que a menudo transcurre bastante tiempo antes que las personas puedan sobreponerse a su aflicción. Debemos tener cuidado de no suponer que porque una persona ha regresado a sus actividades normales, ya no necesita de nuestra atención especial.

Un muchacho llamado Marcos me relató la siguiente experiencia: Una tarde de verano su hermano menor sufrió un accidente que lo dejó paralizado desde la cintura para abajo. Inmediatamente después del accidente los amigos del muchacho, como también los miembros de su barrio, se mostraron muy solícitos; sin embargo, a las pocas semanas, las visitas y ofertas de ayuda escasearon cada vez más. Muy pronto Marcos, su hermano y el resto de la familia se sintieron aislados a causa de la tragedia. No habían bastado unas pocas semanas para que ellos comprendieran y aceptaran la nueva y difícil realidad con la que tenían que enfrentarse individualmente o como familia. Ellos necesitaban y hubieran agradecido sinceramente el apoyo continuo de parte de los amigos.

Por mucho que lo deseemos, a menudo nos es imposible cambiar las circunstancias que causan dolor a un amigo. Sin embargo, podemos ayudarle a enfrentarse con el dolor demostrándole nuestro interés y amor, con palabras y con hechos de verdadera compasión. El expresar nuestra condolencia, el demostrar interés por medio de una acción específica, y el comprometerse a ayudar a la persona por un período largo son pasos importantes que se pueden dar para ayudar a una persona que amamos a aceptar las circunstancias que le presente la vida y vivir de acuerdo con ellas.

¡ENCUENTRALOS!

por el élder Royden G. Derrick
de la Presidencia del Primer Quórum de los Setenta

Mi bisabuela, Ursula Wise Derrick, fue una mujer excepcional. De acuerdo con nuestros registros familiares, nació aproximadamente en 1779, en Keynsham, Somerset, Inglaterra, una ciudad a sólo doce kilómetros de Bristol. Fue madre de once hijos, de los cuales los dos últimos, Elizabeth y Zachariah, fueron mellizos. Aparentemente, Elizabeth murió al poco tiempo de nacer.

Cuando Zachariah tenía catorce años empezó a trabajar de aprendiz de mecánico en la compañía Bristol Iron Works (Fundición de Bristol), donde más tarde completaría su aprendizaje como fundidor.

El año en que empezó un nuevo aprendizaje, se casó con Mary Shephard y esa época fue, por lo tanto, de gran trascendencia para él. Poco tiempo después de su matrimonio, su madre enfermó gravemente; y temiendo encontrarse a las puertas de la muerte, llamó a Zachariah al lado de su lecho, y pidió que no se uniera seriamente a ninguna de las organizaciones religiosas que él había conocido hasta el momento, porque ninguna de ellas era la verdadera Iglesia de Jesucristo. Le dijo que cuando oyera acerca de misioneros que anduvieran de dos en dos, predicando de puerta en puerta y en las calles, enseñando sobre un nuevo profeta que había recibido revelación de Dios, debía unirse a ellos, pues serían representantes de la Iglesia verdadera de Dios.

Ese mismo año de 1836, falleció Ursula Wise Derrick. Un año antes, Heber C. Kimball y sus compañeros misioneros habían desembarcado a 320 kilómetros al norte de Liverpool, con el objeto de llevar el mensaje de la Restauración a las Islas Británicas; sin embargo, no fue hasta varios años más tarde que el evangelio restaurado llegó a Bristol.

Ursula tiene que haber sido una mujer sumamente espiritual para haber recibido esa información de una fuente divina, pero falleció sin tener la oportunidad de ser bautizada por alguien con la autoridad de Dios para oficiar. El Salvador dijo:

"De cierto, de cierto te digo, que el que no naciere de agua y del Espíritu, no puede entrar en el reino de Dios." (Juan 3:5.)

He estado escudriñando las Escrituras para saber qué sucedió con mi bisabuela.

El profeta Isaías dijo que el Salvador sería enviado a "publicar libertad a los cautivos" (Isaías 61:1). El presidente Joseph F. Smith, en su visión de la redención de los muertos (que ahora se encuentra como sección 138 de Doctrina y Convenios), hace referencia a aquellos que murieron antes de la resurrección de Cristo. Dijo que a aquellos que "habían sido fieles en el testimonio de Jesús mientras vivieron en la carne . . ." (D. y C. 138:12) "se apareció el Hijo de Dios y declaró libertad a los cautivos que habían sido fieles" (D. y C. 138:18). ¿Cautivos de qué? Cautivos de la muerte, pues no podían resucitar hasta que Jesucristo hubiera expiado nuestros pecados y hubiera llegado así a ser el primero en resucitar.

Todo esto es la esencia del evangelio y se aplica a todos los hijos de nuestro Padre Celestial, aun a aquellos, como Ursula, que nacieron siglos después de Cristo.

Cuando yo era pequeño, mi familia ansiaba la llegada del tío Orson; mi madre tenía un sentimiento muy especial hacia él, y lo había contagiado a sus hijos. No sé por qué, siempre esperaba que mi tío llegara por la puerta de atrás de nuestra

casa, y recuerdo que en varias ocasiones en que llegaba alguno de los vendedores ambulantes, los que acostumbraban a venir por la puerta trasera, yo tiraba del vestido de mi madre para llamarle la atención y le preguntaba:

—¿Es éste el tío Orson?

Pero la respuesta siempre era "no".

Pasaron muchos años antes que mi madre nos contara la verdadera historia de su hermano menor. El tío Orson nació en el año 1881. A los catorce meses falleció su padre, dejándolo sin la guía paterna durante esos críticos primeros años. Cuando tenía diecisiete años, junto con un grupo de sus amigos de la misma edad, fueron a un salón de baile a orillas del Gran Lago Salado. Antes de que terminara la tarde, ya estaban borrachos y fueron a parar a la cárcel.

A la mañana siguiente, los padres y familiares de los muchachos llegaron a la penitenciaría para obtener la libertad de sus hijos. Muchos de ellos pusieron sus brazos alrededor de los jóvenes y les ayudaron a ser ciudadanos responsables para la comunidad. Pero a espaldas de mi abuela, alguien puso al tío Orson en libertad, le dieron un pasaje sólo de ida hacia el noroeste del país y le dijeron que no regresara jamás.

Mi madre contaba que muchas veces sentía a su madre llorar en su habitación durante la noche; cuando ella iba a su lado solía decirle:

—Me pregunto dónde estará mi hijo errante esta noche.

El tío Orson debe de haber trabajado en los campamentos madereros del noroeste, en una atmósfera no muy adecuada para vivir los principios del evangelio. Si viviera en la actualidad sería muy viejo, pero lo más seguro es que ya se encuentre en el mundo de los espíritus. He estado escudriñando las Escrituras para averiguar qué habrá pasado con él.

Juan escribió:

"De cierto, de cierto os digo: Viene la hora, y ahora es, cuando los muertos oirán la voz del Hijo de Dios; y los que la oyeren vivirán." (Juan 5:25.)

Entre la crucifixión y la resurrección del Salvador, El "organizó sus fuerzas y nombró mensajeros de entre los justos, investidos con poder y autoridad, y los comisionó para que fueran y llevaran la luz del evangelio a los que se hallaban en tinieblas" (D. y C. 138:30).

Esto también se aplica a todos aquellos que murieron después de la resurrección de Cristo.

Mi querido amigo Joseph S. Nelson falleció hace sólo algunos meses, a la edad de ochenta y seis años. Fue un gran misionero durante toda su vida y sirvió en cuatro misiones, a la última de las cuales fue llamado a la edad de ochenta años. He escudriñado las Escrituras para encontrar qué fue de él y leí lo siguiente:

"Vi que los fieles élderes de esta dispensación, cuando salen de la vida terrenal, continúan sus obras en la predicación del evangelio de arrepentimiento y redención, mediante el sacrificio del Unigénito Hijo de Dios, entre aquellos que están en tinieblas y bajo la servidumbre del pecado en el gran mundo de los espíritus de los muertos." (D. y C. 138:57.)

He llegado a querer mucho a mi bisabuela Ursula Wise Derrick, y tengo el convencimiento de que tiene que haber sido una persona insuperable. Obviamente ella fue de "los justos que habían sido fieles en el testimonio de Jesús mientras vivieron en la carne" (D. y C. 138:12);

He amado a mi tío desde mi niñez . . . y siento el enorme deseo de comprarle un pasaje de regreso al hogar de su familia eterna.

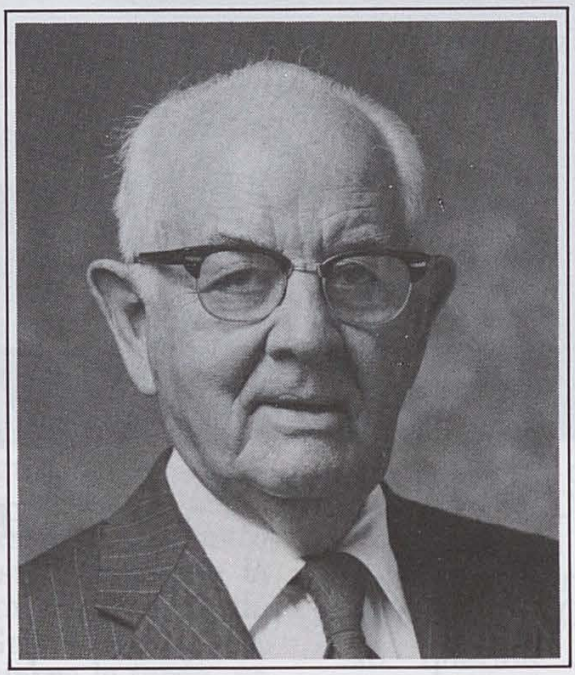
pero no tuvo la oportunidad de recibir las ordenanzas que le asegurarían "su redención de las ligaduras de la muerte" (D. y C. 138:16).

He querido a mi tío Orson desde mi niñez porque heredé ese amor hacia él, y siento el enorme deseo de comprarle un pasaje de regreso al hogar de su familia eterna.

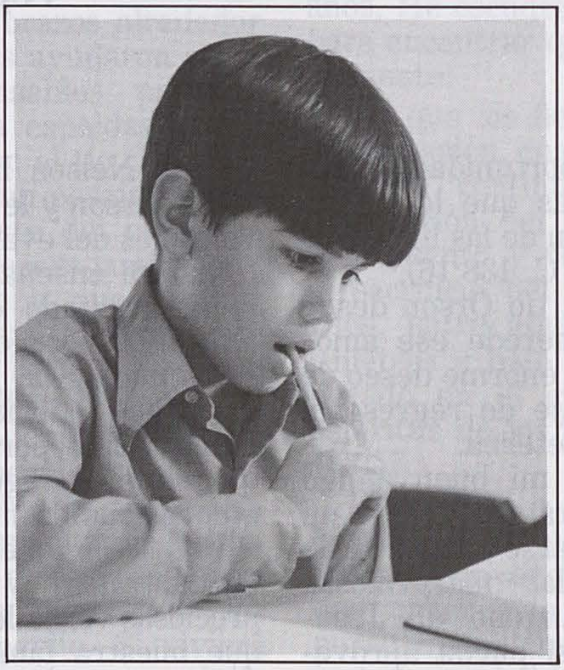
Me pregunto si mi buen amigo Joseph Nelson podrá encontrar a mi bisabuela y asegurarse de que se le hayan enseñado las maravillosas verdades del Evangelio de Jesucristo, para que así pueda aprovechar las ordenanzas que hemos efectuado en su nombre.

Me pregunto si mi buen amigo Joseph Nelson habrá encontrado a mi tío Orson y le habrá enseñado las verdades del evangelio que su padre le habría enseñado en esta vida, si hubiera estado cuando él lo necesitaba. Espero que ahora tenga la oportunidad de escuchar el evangelio que habría escuchado si no hubiera sido por ese pasaje de ida que se le entregó y que lo alejó de quienes pudieron haberlo ayudado.

Por favor, querido amigo Joseph, encuéntralos y enséñales esas preciosas verdades de salvación para que nuestra familia pueda ser una familia eterna. Si lo haces, estaré más agradecido de lo que jamás mortal ninguno pueda expresar.



JOVEN, FORMAS PARTE D



Ya debe ser obvio para ti que vives en una época de perplejidad y problemas; pero también en una época de grandes oportunidades.

TE DE UNA GENERACION SELECTA

por el presidente Spencer W. Kimball

Joven, amado joven, qué mundo maravilloso éste en el que vives! ¡Qué oportunidades tan gloriosas son las tuyas!

A lo largo de la primera década de tu vida hubo días de gozo, de felicidad, días sin preocupaciones. Tus padres y familiares te protegían, te enseñaban y alimentaban, te vestían y amparaban; mas ahora, en la segunda década de tu vida mortal, ya no ejercen tanto control sobre tu existencia. Poco a poco vas desarrollando tu personalidad, tomando cada vez más decisiones propias. Tu creciente maduración trae consigo una vital responsabilidad. Las decisiones más trascendentales de tu vida entera se encuentran ya a tu vista: decisiones que pueden descubrir para tu porvenir gloriosos senderos de progreso, o meterte en funestos callejones sin salida.

Otros te pueden aconsejar con respecto a tus decisiones, pero eres tú el que las debe tomar y cumplir con ellas. El libre albedrío te da el derecho de escoger, pero no te protegerá del sufrimiento y la privación que son el resultado de una mala decisión. Una vez puestos tus pies sobre el camino de la vida, no te será fácil volver atrás, especialmente si muchos otros se encuentran viajando en el mismo sendero y si

éste va en descenso.

Tu vida te pertenece, para desarrollarla o destruirla. Poco podrás culpar a los demás, mas a ti mismo casi totalmente, si no resulta productiva, ideal, plena y abundante. Otros te pueden ayudar o estorbar, pero la responsabilidad es tuya, y puedes hacer de tu vida algo noble, mediocre o totalmente malogrado.

Yo me crié en una tierra seca. Allí parecía que la escasa lluvia casi nunca bastaba para llevarnos a través del período de maduración de las cosechas hasta la sazón; insuficiente agua para repartir entre millares de sedientas hectáreas, insuficiente para regar toda la labranza.

Aprendimos a orar pidiendo lluvia; siempre suplicábamos por lluvia.

Cuando yo aún era de tierna edad, sabía que las plantas no podían vivir sin agua. Sabía cómo enganchar la vieja yegua a la "lagartija" (así le llamábamos al tronco bifurcado en el cual se colocaba un barril) e ir al "arroyo grande", el Canal Unión, que quedaba a una cuadra de nuestra casa; con un balde sacaba agua de la pequeña corriente o de las charcas y llenaba el barril, y luego el animal lo arrastraba a la casa para que pudiera yo regar las rosas, las violetas, las demás flores, los arbustos y los jóvenes arbolitos. El agua nos parecía como oro líquido y, por tanto, los depósitos de agua se convirtieron en una parte importante de mi vida.

En nuestra época también existe la necesidad de depósitos para hacer diferentes reservas: para reservas de agua; algunos para almacenar alimentos, tal como hacemos en el programa familiar de bienestar; otros, como los graneros edificados por José en la tierra de Egipto para almacenar lo reunido en los siete años de abundancia, a fin de que los sostuviera durante los siete años de sequía y hambre.

¿En qué tipo de conocimiento reside el poder? ¿Cuál es el poder que se deriva del conocimiento?

Pero también debe haber reservas de conocimiento para satisfacer las necesidades futuras, reservas de valentía para sobreponerse a las inundaciones de miedo que traen consigo la incertidumbre, almacenamiento de fortaleza física para ayudarnos a combatir las frecuentes contaminaciones e infecciones, reservas de fe que nos mantengan firmes y fuertes cuando nos abruma lo mundanal. Cuando las tentaciones del mundo degenerado en que vivimos debilitan nuestra energía, consumen nuestra vitalidad espiritual, y buscan rebajarnos al nivel de lo profano, nos hace falta una reserva de fe que sirva para llevar a los jóvenes a través de los exasperantes años de la adolescencia y de los problemas de la madurez; fe para guiarnos en los momentos de aburrimiento, de dificultades, de terror, a través del desánimo y, la desilusión, de los años de adversidad, privación, confusión y frustración.

¿Qué debemos hacer para abastecer nuestras reservas?

Como parte de una generación profundamente observadora de Santos de los Ultimos Días, ya debe ser obvio para ti que vives en una época llena de perplejidad y problemas; pero también es una época de grandes oportunidades.

Estoy agradecido de que tú y todos nosotros tengamos el Evangelio de Jesucristo para guiarnos, para que puedas tener una estructura de comprensión en la cual sepas hacer encajar los sucesos y circunstancias que presenciarás durante tu vida. Las Escrituras ponen de manifiesto que en esta dispensación nuestros líderes políticos no nos pueden asegurar que habrá paz entre las naciones; pero a nosotros, los miembros de la Iglesia, se nos da la fórmula para gozar de paz personal, para lograr conocer la serenidad en el alma, ¡aun cuando no haya paz exterior!

Ya estarás acostumbrado a escuchar decir a los que hemos tenido más experiencia en la vida que es importante quedarse en el sendero estrecho y angosto. Te repetimos una y otra vez muchas de las mismas cosas, pero si reflexionas sobre el porqué de esa repetición, pronto descubrirás que los precipicios que se encuentran a ambas partes del sendero nunca cambian, nunca se tornan menos peligrosos; la condición empinada de aquel sendero no varía.

Los líderes de la Iglesia no podemos ofrecerte, cada vez que te enseñamos, una ruta nueva o más atractiva que te vuelva a la presencia de nuestro Padre Celestial. La ruta sigue siendo la misma. Por lo tanto, es necesario alentarte continuamente con respecto a las mismas cosas, y repetirte las advertencias. Pero la repetición nunca hace menos importante o real la verdad.

"La gloria de Dios es la inteligencia, o en otras palabras, luz y verdad." (D. y C. 93:36.)

Así declara una revelación moderna, y ". . . conocimiento puro . . . ennoblecerá grandemente el alma . . ." (D. y C. 121:42).

Leemos también: "Es imposible que el hombre se salve en la ignorancia" (D. y C. 131:6). Esto frecuentemente es mal entendido.

Sin esforzarse en buscar el significado verdadero, muchos jóvenes sacan precipitados una conclusión y se lanzan sin preparación, siguiendo el tráfico sin mapas que indiquen el camino, y terminan desilusionados.

¿En qué tipo de conocimiento reside el poder? y ¿cuál es el poder que se deriva del conocimiento? Analicemos este gran principio. En la correcta secuencia viene primero el conocimiento de Dios y su programa, que nos conduce a la vida eterna; segundo, viene el conocimiento de las cosas temporales que también es muy importante. El Creador mismo nos indica la secuencia correcta y define el orden:

"Mas buscad primeramente el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas os serán añadidas." (Mateo 6:33.)

Y por medio de José Smith el Señor nos dice:

"Esto es vidas eternas: Conocer al único Dios sabio y verdadero, y a Jesucristo a quien él ha enviado. Yo soy él. Recibid, pues, mi ley." (D. y C. 132:24.)

Ahora bien, es en esta vida mortal cuando debemos prepararnos para comparecer ante Dios, lo cual es nuestra responsabilidad primordial. Habiendo ya obtenido nuestro cuerpo, que viene a ser el tabernáculo permanente para nuestro espíritu por todas las eternidades,

debemos ahora capacitar nuestro cuerpo, nuestra mente, y nuestro espíritu. Primordial, pues, en importancia es el utilizar esta vida para perfeccionarnos, para subyugar la carne —el cuerpo— a la voluntad del espíritu, para vencer toda debilidad, para controlarnos de tal manera a nosotros mismos que seamos capaces de dar dirección a otros, y para realizar todas las ordenanzas necesarias. En segundo lugar viene la preparación para subyugar la tierra y todos los elementos.

Se nos da este período de pocos años (la vida) en el cual debemos aprender de Dios, llegar a ser maestros de nuestro propio destino; además de esta vida tenemos las eternidades para aprender de la tierra y las cosas que se hallan en ella, y para acumular conocimiento secular que nos servirá en el progreso hacia el estado de dioses que es nuestro destino.

Pedro y Juan poseían poco conocimiento en cuanto a cosas seculares y se les denominó "hombres sin letras" (véase Hechos 4:13). Pero Pedro y Juan conocían las verdades trascendentales de la vida: que Dios existe y que el Señor crucificado y resucitado es el Hijo de Dios. Conocían el sendero que conduce a la vida eterna. Todo esto lo aprendieron en unas pocas décadas de su vida mortal. Esta exaltación significaba para ellos que alcanzarían la condición de dioses y la creación de mundos con progenie eterna, para lo cual necesitarían, con el tiempo, un conocimiento total de las ciencias. Pero este hecho se les escapa a muchos: Pedro y Juan sólo tenían décadas para aprender y cumplir con lo espiritual, pero ya han tenido aproximadamente diecinueve siglos para aprender lo secular, o sea, la geología de la tierra, la zoología y fisiología y la psicología de las criaturas terrenales. La mortalidad es el período en el cual se debe aprender primero todo lo referente a Dios y el evangelio y realizar las ordenanzas, y sólo después aprender lo que se pueda de las cosas seculares. He aquí los "incultos" Pedro y Juan como herederos de la exaltación.

Un científico altamente capacitado, que también sea un hombre perfeccionado, puede crear un mundo y poblarlo; pero un científico disipado, incrédulo e impenitente nunca llegará a ser tal creador, ni siquiera en las eternidades.

El conocimiento secular, no obstante su importancia, nunca puede salvar a nadie ni abrir el reino celestial, ni crear un mundo, ni convertir a un hombre en un dios; pero sí puede ser de gran ayuda para aquel que, habiendo ordenado su vida según sus prioridades, ha encontrado el camino a la vida eterna y puede utilizar todo conocimiento para servirle de herramienta y de siervo.

En una oportunidad escuché una

Pedro y Juan conocían las verdades trascendentales de la vida: que Dios existe y que el Señor crucificado y resucitado es el Hijo de Dios.

petición impresionante de una hermana de la Mutual. Quizás fuera el planteamiento que hizo, o tal vez fuera mi propia actitud en esa ocasión; pero nos dio una conmovedora prédica sobre la lectura de las Escrituras y el hacer que de ese modo formen parte integral de nosotros; entonces interrumpió su disertación para preguntar a aquella congregación mixta —éramos más o menos mil personas—: "¿Cuántos de ustedes han leído toda la Biblia?"

Creo que en esa oportunidad tenía yo unos catorce años. Un acusador sentimiento de culpabilidad me sobrevino. Ya para aquel entonces había yo leído muchos libros, las tiras cómicas de los periódicos, y libros superficiales, pero mi corazón acusador me dijo: "Spencer Kimball, tú nunca has leído ese sagrado libro; ¿por qué?" Miré alrededor a la congregación para averiguar si era el único que había cometido la falta de no haberlo leído. De las mil personas, habría quizás media docena que con orgullo levantaron la mano. Yo me encogí en mi asiento sin siquiera pensar en los otros que tampoco lo habían hecho; sólo tenía una profunda acusación para mí mismo. Allí sentado, hecho un ovillo, no condenaba a nadie, sólo a mi insignificante "yo".

No sé en qué pensaban las otras personas o qué estaban haciendo; no escuché más del sermón; éste había ya logrado su propósito. Se terminó la reunión. Yo busqué la gran puerta de salida y me fui corriendo a casa, que quedaba a sólo una cuadra de la capilla, mientras repetía para mis adentros: "¡Lo haré! ¡Lo haré! ¡Lo haré!" Entré por la puerta de atrás y fui al estante de la cocina donde guardábamos las lámparas de queroseno; seleccioné una que estaba llena y tenía la mecha bien pareja. Luego subí las escaleras que llevaban a mi cuarto en el desván. Allí abrí mi Biblia y comencé con el libro de Génesis, el primer capítulo, y el primer versículo. Me quedé leyendo hasta muy avanzada la noche; leí de Adán y Eva, de Caín y Abel, de Enoc, Noé y del diluvio, aun hasta Abraham.

El aprender todo lo referente a Dios debe incluir, por supuesto, la parte todavía más difícil: El llegar a perfeccionarse. No sólo es necesario que evites el adulterio, sino también que te protejas de cualquier pensamiento o acción que pudiera conducirte a tan terrible pecado. Necesario es no sólo estar libre de deseos de venganza y represalia, sino ser capaz de volver la otra mejilla, ir la segunda milla y dar tanto la túnica como la capa. (Véase Mateo 5:39-41.) Debes no sólo amar a tus amigos, sino también a tus enemigos y a aquellos que te ultrajen; debes orar por ellos y amarlos de verdad. Este es el camino a la perfección. No sólo debes estar por encima del hurto y la ratería, sino que debes ser honrado en pensamiento y acción en todos los muchos aspectos en los que el justificarse permite la deshonestidad: los informes incorrectos, el defraudar con tiempo, dinero, o trabajo, y toda costumbre deshonrosa o dudosa. No sólo debes abandonar la adoración de ídolos de madera, piedra y metal, sino que debes adorar diligentemente al Dios viviente, en la forma correcta. En esto consiste el camino estrecho y angosto.

Ahora, ¿me permites ofrecerte un consejo? Desarrolla la autodisciplina para que tengas que afrontar cada vez menos la necesidad de tomar una y otra vez una decisión al enfrentarte con la misma tentación repetidas veces. ¡Para algunas cosas es necesario decidir *una sola vez!*

Qué bendición tan grande el estar libre de dudas agonizantes con respecto a una tentación que surge repetidamente. El seguir teniéndolas es un desperdicio de tiempo y resulta muy peligroso.

Te será necesario decidir una sola vez con respecto a algunas cosas que querrás realizar, como, por ejemplo, el cumplir una misión regular y vivir de tal manera que puedas casarte en el templo; y luego todas las otras decisiones relacionadas con estas metas resultarán correctas. De otra manera, cada situación será peligrosa y cada descuido puede conducirte al fracaso. Hay algunas cosas que hacemos los Santos de los Ultimos Días y otras que sencillamente no hacemos. ¡Cuanto más pronto tomes la determinación tanto mayor será tu grandeza espiritual!

Desde mi niñez había escuchado historias de la Palabra de Sabiduría acerca del té, el café, el tabaco, etc. Todas las semanas, en la Escuela Dominical y la Primaria, cantaba junto con los otros niños:

Si salud quieren guardar,
y sus vidas alargar,
té, café y el tabaco odiarán;
alcohol no tomarán,
poca carne comerán,
pues así contentos siempre
estarán.

(*Himnos*, 167; *Canta conmigo*, B-24.)

Lo cantábamos una y otra vez hasta que se convirtió en una parte fundamental de mi vocabulario y de mi repertorio de canciones, pero más especialmente en una parte fundamental de mi plan de vida. De vez en cuando algún discursante respetado decía que nunca había probado esas cosas prohibidas contra las cuales cantábamos, y entonces tomé la decisión: Nunca, nunca probaría ninguna de esas cosas contra las que los profetas predicaron. Esa decisión fue firme e inalterable y nunca me desvié.

En 1937, mi esposa y yo viajábamos por Europa. En Francia asistimos a un banquete de la Convención Internacional del Club Rotario. En el enorme comedor había centenares de personas. Los mozos caminaban entre las mesas. Para cada comensal, además de la mantelería de lino, los numerosos cubiertos de plata y los elegantes platos, había siete vasos para los diferentes vinos. Allí nadie me observaba. La tentación me dio un suave codazo: *¿Tomaré o, por lo menos, probaré?*

Ninguno de los que se preocupan por mí lo sabrá. He aquí una verdadera tentación. *¿Pruebo o no?*

Entonces me asaltó el pensamiento: *Pero yo, de muchacho, resolví firmemente que jamás tocaría esas substancias prohibidas.* Y ya había vivido la tercera parte de un siglo, firme y resuelto.

Recuerda, oh joven del noble patrimonio, que "la maldad nunca fue felicidad". (Véase Alma 41:10.) Los inicuos pueden aparentar ser felices y pueden buscar persuadir a otros a participar con ellos en tal vida, porque los desdichados buscan tener compañía en su desgracia. Pero nunca verás un pecador feliz. Aun el descontento de las personas buenas se basa en las imperfecciones que puedan tener.

Un testigo casual, al observar a una persona inicua, podría pensar que tiene éxito y que es feliz, y superficialmente puede parecer así. Pero el pecado grave produce un profundo vacío en la vida de una persona. Quizás por eso parece que los pecadores se esforzaran por continuar su manera de vivir como medio de engañarse en una falsa seguridad y tratar de llenar el vacío. Cuando se ve una vida llena de desesperanza, allí se encontrará una transgresión. Podemos sentir compasión para con

Qué bendición tan grande es estar libre de dudas agonizantes con respecto a una tentación que surge repetidamente.

tales personas, ¡pero es un error y una ingenuidad envidiarlas!

El familiarizarse con los patriarcas y profetas de antaño y su fidelidad frente a la opresión, las tentaciones y la persecución fortalece la determinación de un joven. A través de todas las Escrituras se representan casi toda debilidad y toda virtud del hombre, y para cada una se han registrado castigos y recompensas. Sólo un insensato no aprendería a vivir debidamente por medio de tal lectura. El Señor ha dicho:

"Escudriñad las Escrituras; porque a vosotros os parece que en ellas tenéis la vida eterna; y ellas son las que dan testimonio de mí." (Juan 5:39.)

El es el mismo Señor y Maestro en cuya vida encontramos todas las cualidades de la virtud, todas las que deberíamos desarrollar en nuestra propia vida.

¿Puedes encontrar, en todas las Sagradas Escrituras, un lugar donde el Señor Jesús faltara en algo a su Iglesia? ¿Puedes encontrar un pasaje de Escritura que diga que El engañó a su gente, a sus vecinos, amigos o compañeros? ¿Se mantuvo fiel? ¿Fue constante? ¿Existe algo de bueno o digno que El no diera o enseñara? Eso, pues, es lo que nosotros esperamos: lo que El espera de un esposo, de todos los esposos; de una esposa, de todas las esposas; de una joven, de todas las jóvenes; de un muchacho, de todos los muchachos.

Quisiera darte otra palabra de consejo al organizar tu plan de vida. Para lograr cumplir con las obligaciones dadas a esta generación, será necesario que evites el egoísmo. Una de las tendencias que la mayoría de las personas tienen que vencer es la del egoísmo. Todo lo que puedas lograr ahora, en tu juventud, cuando aún eres flexible, para ser menos egoísta y más altruista, resultará una contribución duradera para la calidad de tu vida a lo largo de los años y en la eternidad por venir. Serás un esposo o esposa mejor, mejor madre o padre, si puedes eliminar de tu carácter esa inclinación. Para tus hijos, a quienes todavía no conoces, es de gran importancia que triunfes sobre el egoísmo.

En esto, como en todo, tenemos el ejemplo del Salvador crucificado. Cuando expió los pecados del género humano, lo hizo sin que nadie lo obligara a ello; era un acto de amor que lograría para todos el don de la inmortalidad que El ya poseía. El suyo fue un acto supremo de generosidad.

Recordarás haber leído en 3 Nefi acerca de la visita del Cristo resucitado al continente americano. Después de bendecir a los niños lloró dos veces y también dijo: "Y ahora, he aquí, es completo mi gozo" (3 Nefi 17:20).

Podemos experimentar gozo genuino sólo cuando nos sacrificamos en causas justas tales como la de

Para tus hijos, a quienes todavía no conoces, es de gran importancia que triunfes sobre el egoísmo.

edificar el reino, causas que en cierto sentido son más grandes que nosotros mismos. La persona que busca el placer tiende a ser egoísta, mientras que el verdadero gozo siempre se comparte con otras personas.

Ahora es el momento para que fijes las metas de tu vida. Ahora es el momento de establecerte firmemente normas de comportamiento de las que luego puedas asirte para toda tu existencia.

Alguien dijo lo siguiente:

"Todo favorece a aquellos que tienen un destino especial; es así que alcanzan la gloria por medio de algún impulso invencible y el mandato de su sino."

Veo en ti, mi joven amigo, la ascendente generación de Santos de los Ultimos Días que conocerá mejor las Escrituras que las generaciones anteriores de jóvenes mormones. Durante toda tu vida puedes ser un estudioso de las Escrituras. Veo en ti una generación ascendente de jóvenes Santos de los Ultimos Días que estará más dispuesta a llevar a cabo la obra misional (tanto antes como después de su misión regular) que las generaciones anteriores. Hablando colectivamente, tu generación verá, aún más claramente que las de tus antecesores, cuán importante es llevar el evangelio al prójimo. Tu generación no se avergonzará del Evangelio de Jesucristo ni de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Ultimos Días.

Veo en ti una generación de jóvenes Santos de los Ultimos Días cuyo corazón se volverá a sus antepasados como nunca lo habían hecho otros. Desarrollarás un interés natural en la investigación genealógica y en la obra del templo, excediendo los niveles de interés de tus padres y abuelos, con respecto a esto, en su juventud.

Veo en ti una generación de jóvenes Santos de los Ultimos Días que aprovechará las experiencias de liderazgo adquiridas en la Iglesia, en la Primaria, en el programa de los Hombres Jóvenes y las Mujeres Jóvenes, en la Escuela Dominical, en la Sociedad de Socorro y en los quórumes del sacerdocio. Luego la gente prudente del mundo te buscará porque necesitará jóvenes hombres y mujeres competentes y de integridad. Tú llevarás contigo tus creencias, así como tus habilidades, tu capacidad y tu integridad.

Veo en ti a jóvenes Santos de los Ultimos Días con un testimonio más desarrollado para sus años, que los de las generaciones anteriores.

Recuerda, amado joven, recuerda que mientras los reinos temporales de los hombres se vienen abajo, el reino de Dios permanece firme y sin temblar. Cuando la influencia de los que son mundanos sea acallada por la muerte, los fieles y valientes que han cumplido con todos los requisitos seguirán progresando gloriosos en majestad y poder. No existe ningún otro camino.